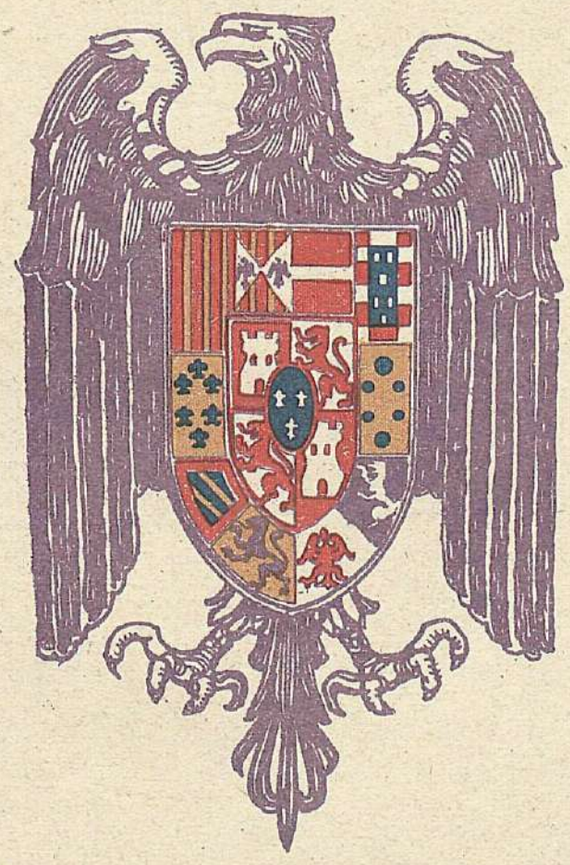
VOLVNTAD



· NVMERO · X ·

MADRID · 1º DE ABRIL · DE · 1920

· DIRECCION ·
COLVMELA Nº 8

PRECIO DE NVMº
DOS PESETAS

© Biblioteca Nacional de España

SVMARIO

Cubierta: Retrato de la Princesa María Teresa de Ratibor.

Dos bodas aristocráticas: Crónica de sociedad.

En la paz de la altura: Crónica de sport, ilustrada con instantáneas de *J. Larregla*.

La Casa de Misericordia del Niño Jesús: Información social, documentada con interesantes fotografías.

La vida en Barcelona: Página gráfica.

Portada: El Santo Cristo de la Agonía. Cuadro de la pintora montañesa Elisa Bustamante, inspirado en la prodigiosa imagen de Limpias.

Selvas sin amor: Palabras de VOLVNTAD.

Medallones Sacros: Sonetos, por *Rodolfo Gil*. Dibujos de *Vivanco*.

El llanto de la Virgen: Cuento de Semana Santa, por *Concha Espina*. Ilustraciones de *Loygorri*.

Consideraciones de la Pasión y Muerte de Cristo Nuestro Señor: Por el maestro *Fr. Luis de Granada*, de la Orden de Santo Domingo. Ilustradas con magníficas reproducciones en color de las obras maestras de Van-Dick, Salzillo, Juan de Juanes, Greco, Van der Weiden y Gregorio Hernández.

Más fuerte que la muerte: Por *Monseñor Bougaud*.

Las siete palabras: Sonetos, por *David Esteban*. Ornamentados por *Moya del Pino*.

La última visita de la Corte a los Sagrarios: Crónica retrospectiva, por *Monte-Cristo*. Ilustrada con retratos antiguos.

Labores femeninas: El bordado español, por *Isabel Pastor*. Con ilustraciones fotográficas.

Acta de la quincena: Por *J. Ortega Munilla*. Ilustrada con fotografías de actualidad.

La Novela de un Novelista: Por *Armando Palacio Valdés*. Ilustraciones de *Juan José*.

HEMEROT

FOTOGRABADO

© Biblioteca Nacional de España

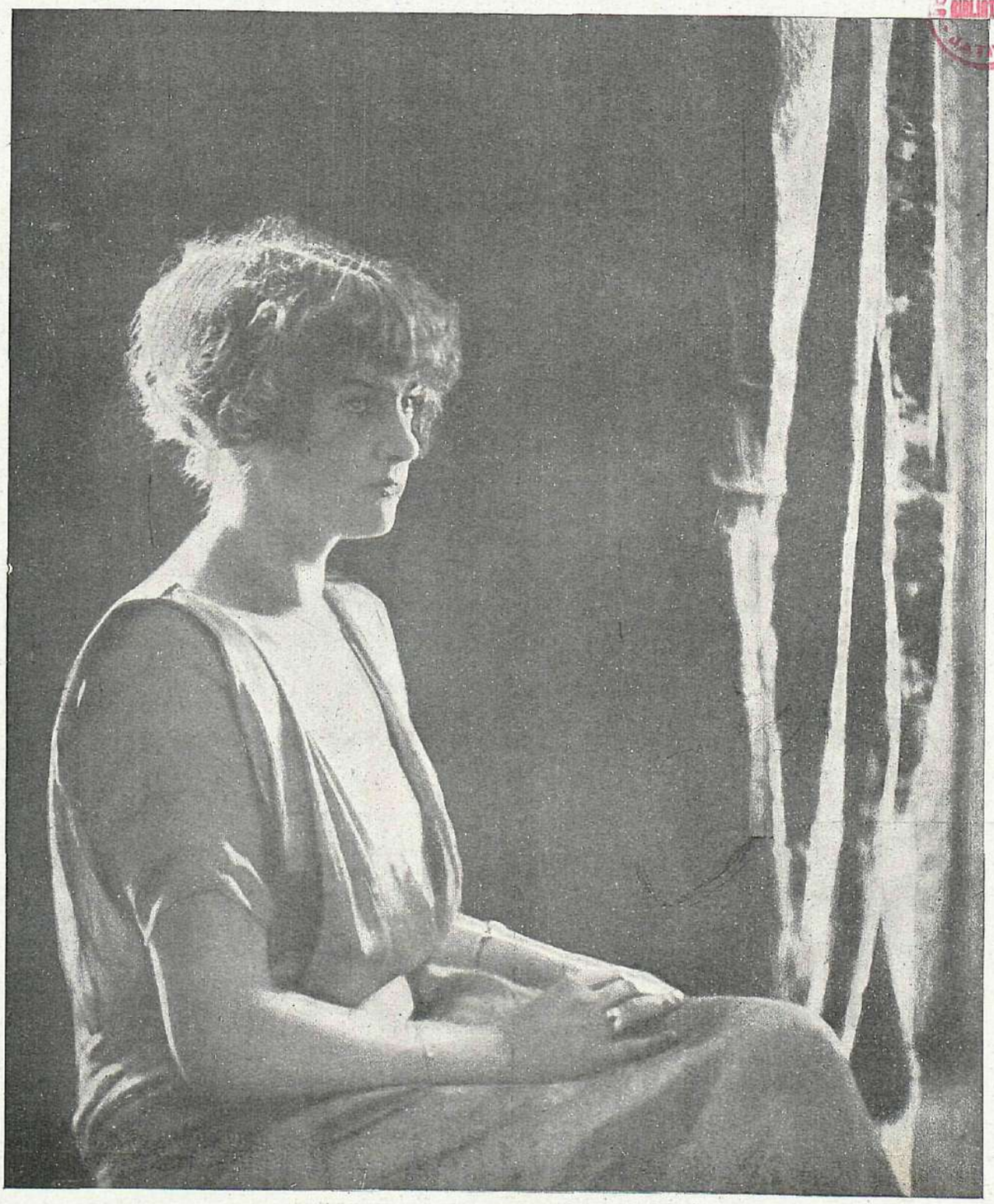
AÑO II

VOLVNTAD

NÚM. 10

MADRID, 1.º DE ABRIL DE 1920

JOSÉ REIG RUIZ BIBLIOTECA VALENCIA



Su Alteza Serenísima la Princesa María Teresa de Ratibor, que en breve contraerá matrimonio con D. José Javier López de Carrizosa, hijo de los Condes de Moral de Calatrava

HEMEROTECA NACIONAL

© Biblioteca Nacional de España

Su Alteza Serenísima, la Princesa María Victoria de Ratibor, cuya boda con el joven Marqués de Elduayen se celebrará dentro de algunas semanas

DOS BODAS ARISTOCRATICAS

D. Javier López de Carrizosa

En la primera quincena del mes actual y dos meses más tarde se celebrarán en Madrid dos bodas, que por la juventud, la belleza y el rango de las novias y por las cualidades que adornan a los novios, aparte de su posición en la sociedad madrileña, han despertado gran interés en el mundo aristocrático.

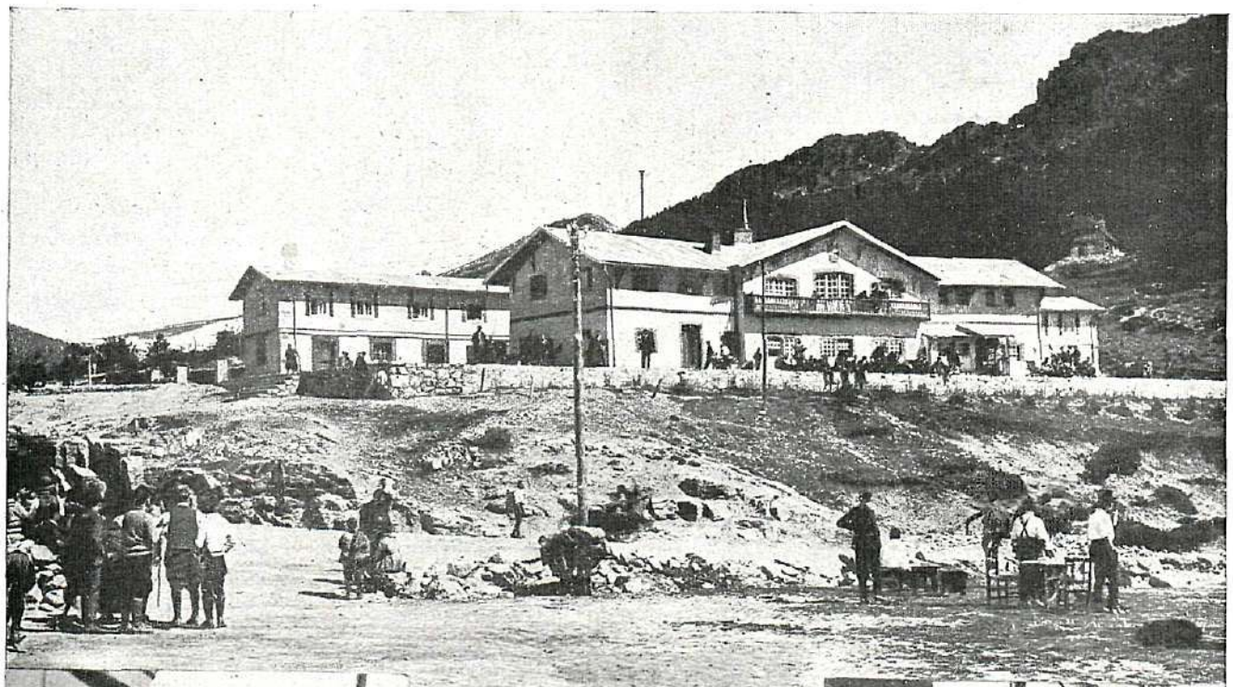
Se trata de las dos Princesas de Ratibor, María Teresa y María Victoria prometidas respectivamente de Don Javier López de Carrizosa, hijo de los condes de Moral de Calatrava y del joven Marqués de Elduayen, hijo del Marqués Viudo de igual nombre y nieto de aquel esclarecido hombre público que llevó el título de Marqués del Pazo de la Merced.

Las dos Princesitas —que tienen por su nacimiento la categoría de Altezas Serenísimas— apenas han vivido en su patria, la que fué poderosa nación bajo el cetro del Kaiser Guillermo; la carrera diplomática de su padre el Príncipe Max de Ratibor y de Corwey, hízolas recorrer diferentes cortes europeas; en España han vivido diez años; aquí hicieron su presentación en sociedad, aprendieron nuestro idioma, cultivaron amistades, adoptaron nuestras costumbres, y más de una vez las hemos visto ostentando con sin par gallardía la mantilla española que caía en ondas negras sobre el oro de sus cabellos.

Marqués de Elduayen

Las dos Princesas pues, rubias y bellas como las heroínas de los cuentos de Hoffman, se tornan españolas por fueros del Amor; van a quedarse entre nosotros, y aquí hallarán seguramente la simpatía que merecen por sus prestigios y belleza.

© Biblioteca Nacional de España



Aspecto del Club-Alpino en un día de concurso

En la paz de la altura...

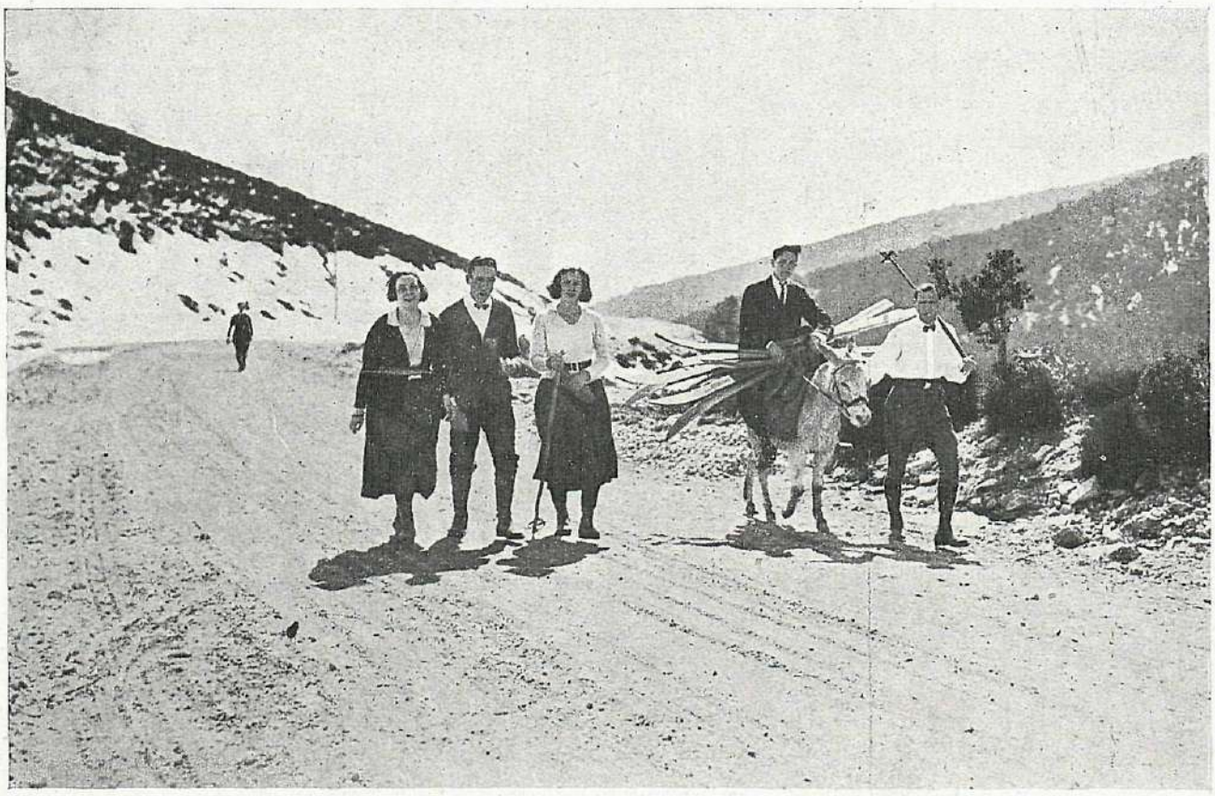
La Srta. María Sala, al llegar a Cercedilla

En la gran ciudad —llámese Madrid, o París, o Londres—, la vida es inquietud... En la gran ciudad, somos hormigas agitadas por un perpetuo y laborioso afán... Vamos en los días como peregrinos, y con frecuencia nos inclinamos bajo el peso invisible de un cansancio, de una amargura, de un desengaño... En torno nuestro se hallan, y con harta frecuencia se confunden, la verdad y la mentira, el afecto sincero y la amistad fingida, el acierto y la equivocación... Y todo esto, gente y cosas, palabras y hechos, se acumulan y llenan de visiones y de murmullos nuestras horas... Así llega una mañana en

La Srta. María Canmaño, distinguida «sportman»

(Fots. Larregla)

© Biblioteca Nacional de España



que esta cadena que nos sujeta al llano invadido por la muchedumbre nos pesa y nos parece de galeotes... En esa mañana, alzamos los ojos hacia el azul; en esa mañana abandonamos el hormiguero labrado acá en el llano, y vamos en querencia de las cumbres que para asomarse al cielo se visten de nieve y de pureza.

Las gentes de París o de Londres tienen que emprender largos viajes —a Suiza o a Noruega— para someterse a la cura física y moral que dispensa al alpinismo. Las gentes de Madrid tienen la montaña familiar a la puerta de su casa —Guadarrama y Gredos— y un poco más allá, sin salir de España, a una jornada de ferrocarril, la montaña trágica: esos Picos de Europa más frecuentados por los ingleses que por nosotros, y cuya solemnidad no es menor que la de los Alpes.

Durante mucho tiempo las gentes de Madrid ignoraron la Sierra: la ignoraron en absoluto hasta el punto de ni siquiera verla cuando en los días serenos alza su majestad como ba-

Arriba.—Grupo de excursionistas en lo alto del puerto de Navacerrada. Abajo.—Una excursionista disponiéndose a bajar una pendiente nevada sobre la «ludge» (Fots. Larregla)

© Biblioteca Nacional de España

Grupo de excursionistas presenciando el concurso de «skis»

luarte de un reino de maravilla, en el horizonte...

Luego, poco a poco, la montaña fué poblándose de refugios veraniegos. Hubo una legión de amigos de la Sierra, conocedores de sus cañadas y de sus riscos: de poetas que lo eran al modo del héroe de Molière, sin saberlo...

Y aquellos primeros entusiastas fueron también los primeros exploradores de la Sierra de invierno: los que al osar a las vertientes nevadas y a las cumbres inaccesibles, hallaron un paraíso en donde la timidez sospechaba un infierno: los que iniciaron esta gran corriente de excursionistas que hoy llena los trenes o rueda en interminable teoría de automóviles sobre las carreteras, camino de los puertos.

El ganador del título de campeón de «skis» para 1920, Sr. Bravo, acompañado por la Srta. María Gancedo

El *ski* y la *ludge* son ya españoles. Maestros en tales deportes de nieve han llegado a ser los muchachos y las muchachas de estas últimas generaciones, que se disputan campeonatos y realizan proezas a la manera de las que, desde tiempo inmemorial, constituyen la distración favorita de la juventud en Suecia y en Noruega. Goethe afirma que las horas en que su espíritu halló mayor libertad y más albedrío, fueron aquellas en que su cuerpo iba en vértigo, resbalando sobre el hielo... Como el gran poeta, nuestros alpinistes saben que allá en la paz de la altura, lejos de los hormigueros humanos, está la cura de aire y de sol, de espacio y de silencio, que necesitan el alma y el cuerpo.

© Biblioteca Nacional de España

LA CUNA DE JESÚS

Ruego al periódico VOLUNTAD *tenga la amabilidad de escribir estas líneas en una de sus crónicas.*

Ruego me perdones lectora si te molesto un rato, pero deseo hablarte de algo muy hermoso, y llamar tu atención sobre una obra laudablemente conmovedora y digna de cariño.

«Es la Cuna de Jesús»

Institución simpática, y utilísima a la vez para esos Angelitos que sufren tanto, y son dignos de compasión, pues necesitan protección y almas generosas que los amparen.

Institución hermosa, y que tiene por objeto cumplir los deberes de las madres pobres que por desgracia no pueden atender como quisieran a sus hijitos dándoles los cuidados y el alimento que les son necesarios. Para este fin se ha fundado la «Cuna de Jesús», Asilos en los cuales, mientras las madres trabajan para ayudar al sostén de su hogar, las buenas Religiosas encargadas de esa noble misión atienden con solicitud maternal y tiernos desvelos a las pequeñas criaturitas encomendadas a su custodia.

Esos caritativos refugios de los pequeños quedan abiertos de siete de la mañana hasta las siete de la tarde, y en ellos permanecen esas horas lejos de toda privación y de todo sufrimiento.

En esos Asilos los niños encuentran amor por parte de las Hermanas y ayuda por la de las Señoras visitadoras que con frecuencia acuden a verlos, y se recrean en hallarlos tan cuidadosamente atendidos, regresando felices a sus casas después de haber recibido una sonrisa de sus protegidos.

Señoras Caritativas: prestadnos apoyo y ayuda, y así evitaréis la mendicidad, y desde el cielo Dios y la Virgen bendecirán a vuestros hijos y premiarán vuestros generosos corazones.

Una limosna, pues, pedimos querida lectora para los pequeñuelos, con el fin de hacer prosperar esa obra tan humanitaria.

FLOR DE LYS

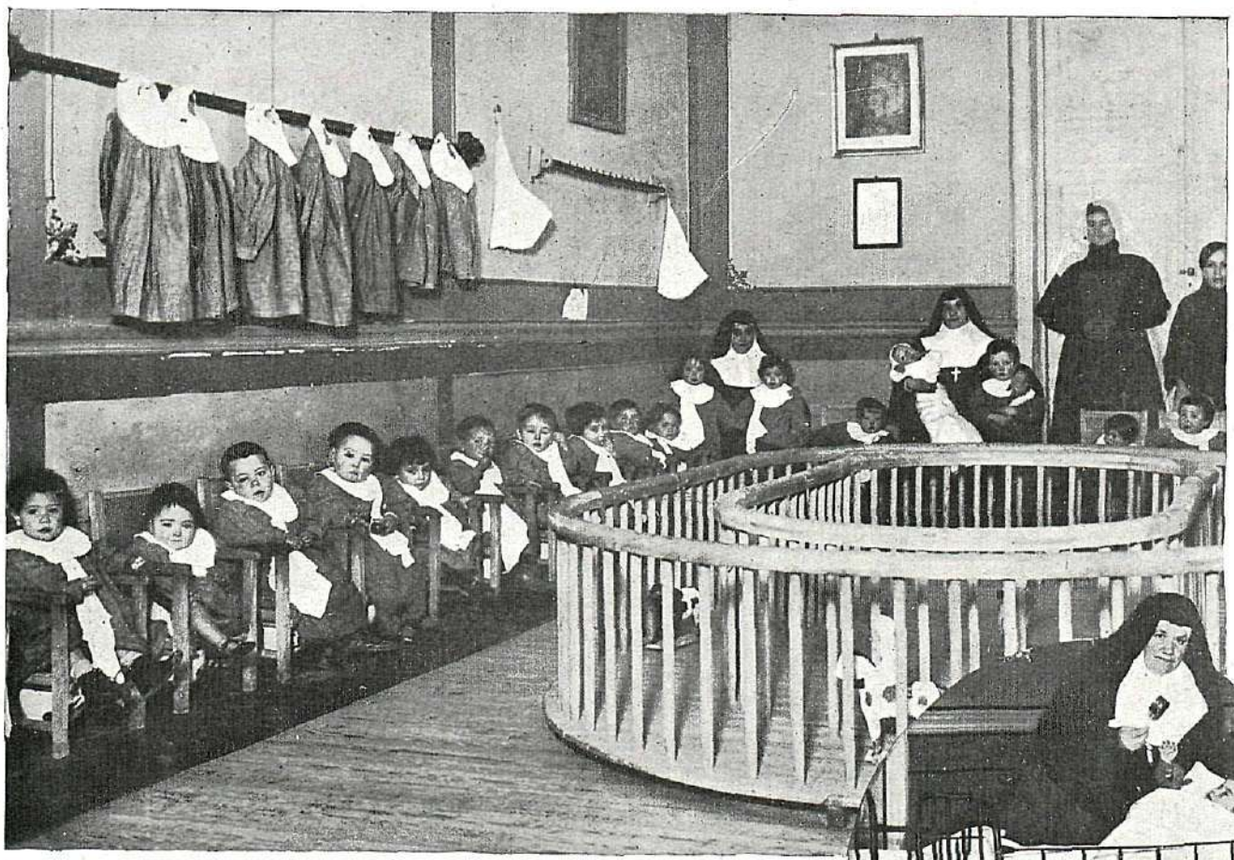
Una colaboradora espontánea y caritativa, nacida tal vez en altas esferas, nos envía las anteriores líneas, en las que se adivinan delicadezas y ternuras de madre para los pequeñuelos desheredados, y en las que vibra algo como un grito de angustia, un llamamiento, una queja.

Y es deber nuestro hacernos eco del llamamiento y exponer el motivo doloroso de la angustia y de la queja. Nada es preciso añadir a la información de nuestra incógnita colaboradora para dar a conocer esta obra fundada hace ya veinte años y la misión hermosa que realiza.

Pues bien, forzoso es reconocerlo con tristeza, mientras otros países dedican al cuidado de la infancia, a las casas-cunas especial solicitud y desvelos y el más cariñoso interés, en España, en Madrid al menos, se da el caso de una obra como esta, digna por todos conceptos de apoyo y de entusiasmo, ignorada por muchos, por casi todos desconocida en su verdadera trascendencia y alcance. Nueve eran hace pocos años los asilos o casas-cunas que la institución patrocinaba. A cinco se ve reducido hoy su número, y pronto habrá de cerrarse uno más, y otros tal vez más adelante, hasta suprimirlos todos, si la Providencia no lo remedia. Y entre tanto, en el resurgimiento innegable de actividad y caridad cristianas que presencian nuestros días, a cada momento aparecen obras nuevas y nuevas formas de la caridad aplicada a la necesidad de los tiempos, y se pretende encontrar para todo dolor consuelo y para toda miseria eficaz remedio. Pero cuando existe una institución antigua y excelente, que cumple con perfección su misión bienhechora, y en la que no escasean voluntad, inteligencia, ni amor, ¿no son injusticia y locura insignes abandonarla, olvidarla y dejarla perecer falta de recursos?

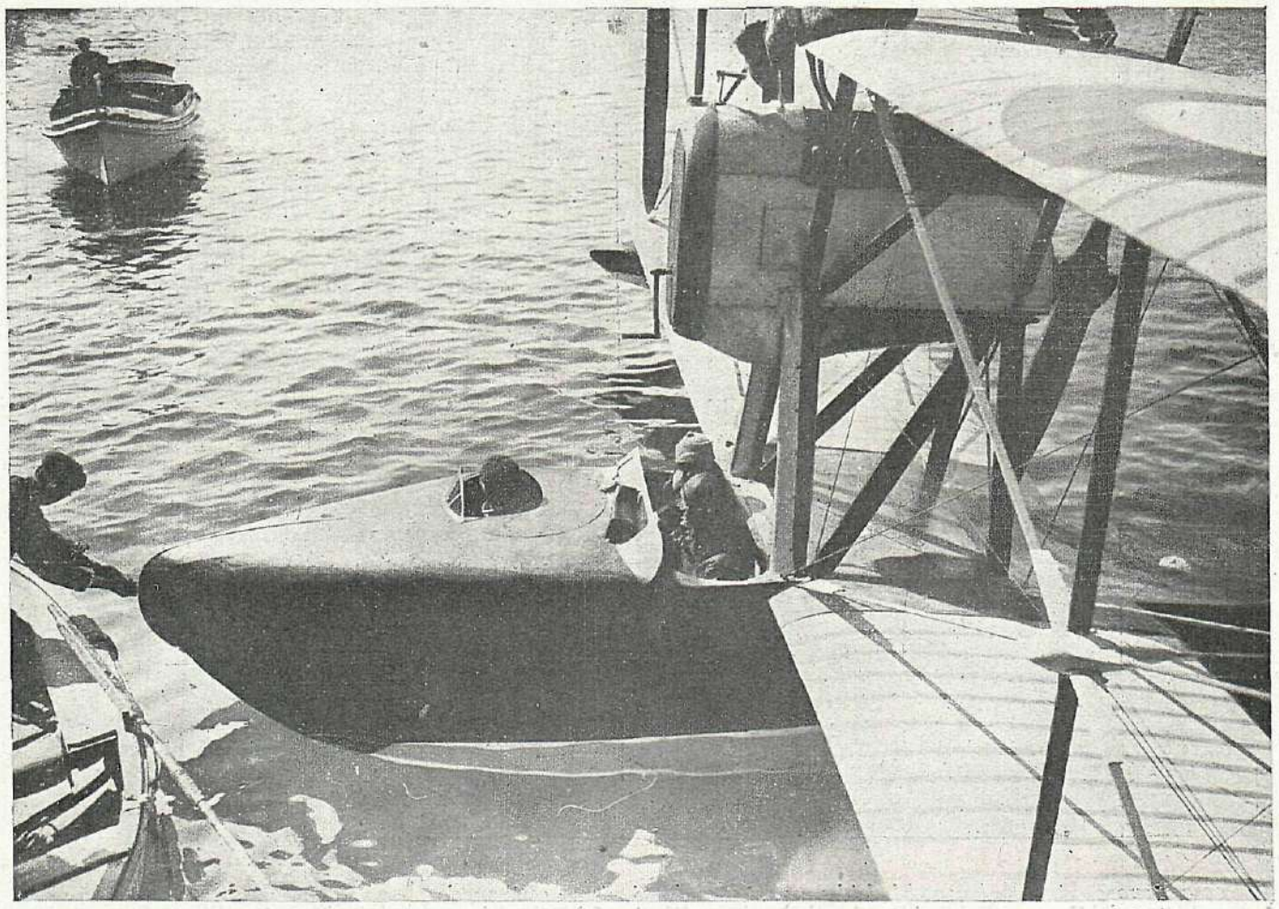
No son, sin embargo, en este caso razonamientos ni explicaciones los que han de persuadir ni mover la voluntad de nuestras lectoras. Nosotras les rogamos siquiera que contemplen fijamente, largamente, las fotografías que acompañan a estas columnas, pero quisiéramos algo más. Nos atrevemos a pedir a las madres y a todas las mujeres bien nacidas que en presencia del niño sienten ese deleite, esa emoción de ternura inefable, esa ansia de amarle y de protegerle que nos hacen capaces para la misión augusta, santa y hermosa que Dios hubo de confiarnos sobre la tierra, a esas mujeres pedimos que visiten las casas-cunas, y allí, bajo el influjo de la emoción bendita, piensen que acechan de nuevo a aquellos pequeñuelos el hambre, el frío, la miseria y el dolor, y más tarde acaso la mendicidad, el vicio y la vergüenza, y que está en su mano y a poca costa el remediarlo. Piensen todo esto y sigan la inspiración de sus sentimientos maternales... y tenemos la firme esperanza de que no volverá a cerrarse ningún asilo de la Cuna de Jesús.

© Biblioteca Nacional de España



Las casas-cunas existentes hoy en Madrid y sus señas son las siguientes: Virgen de la Fuensanta y del Carmen: Tabernillas, 2.—Santa Teresa: Zurita, 32.—San Martín y San Víctor: Barco, 15.—San José y San Fernando: Labrador, 10, 12 y 14 (Peñuelas).—San Mariano: Ferrer del Río, 28 (Guindalera).

© Biblioteca Nacional de España



Servicio de hidroaviones entre Barcelona y Palma de Mallorca.—El aparato «Savoia», momentos antes de emprender el viaje

LA VIDA EN BARCELONA

Las autoridades civiles y militares de Barcelona asistiendo al acto de inauguración de la línea aérea que hace servicio de comunicación rápida entre España y las Islas Baleares

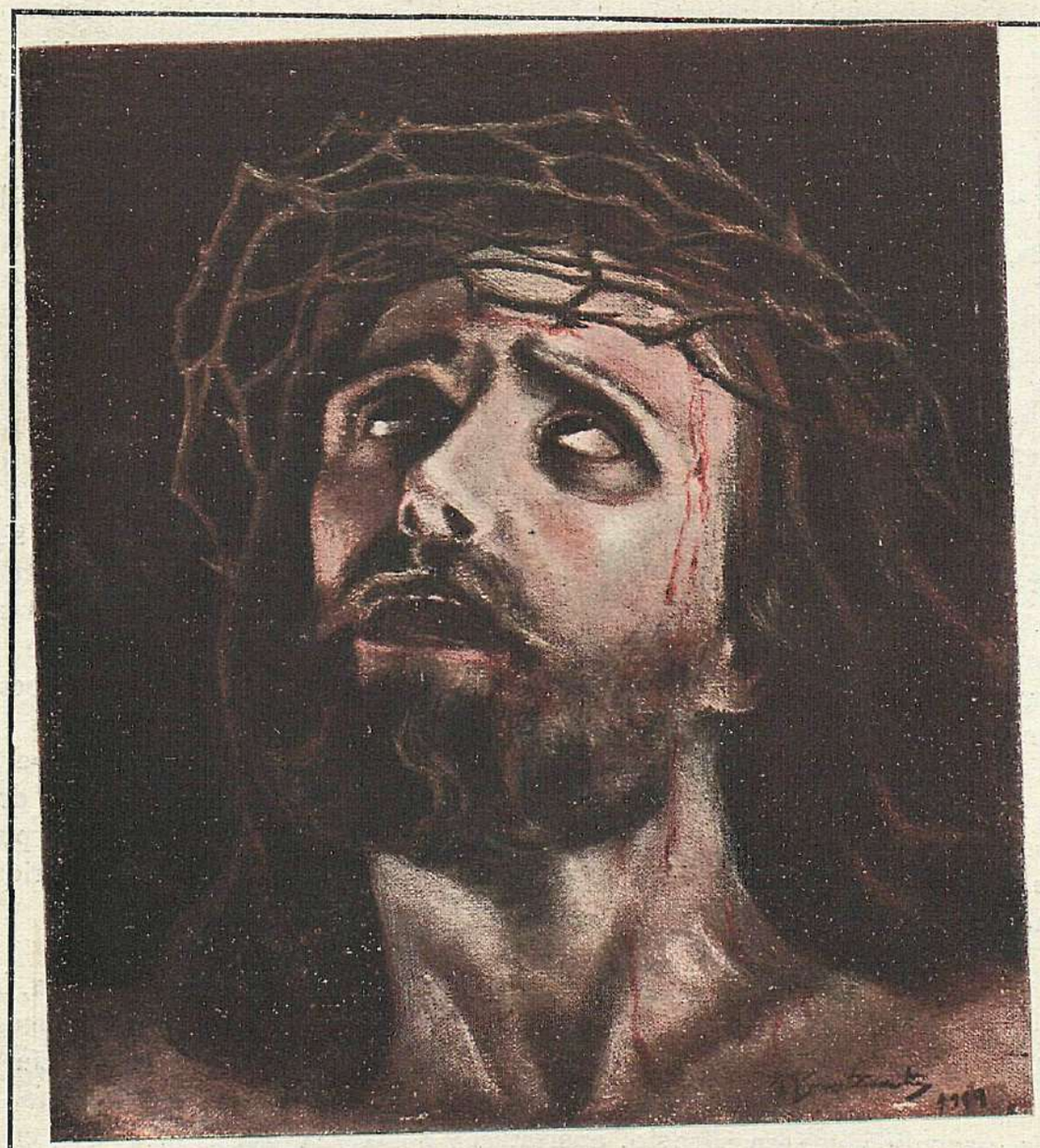
(Fot. Badosa)

© Biblioteca Nacional de España

AÑO II

VOLVNTAD

NUM. 10



EL SANTO CRISTO DE LA AGONÍA

Cuadro de la pintora montañesa ELISA BUSTAMANTE, inspirado en la prodigiosa imagen de Limpias.

HEMEROTECA NACIONAL

© Biblioteca Nacional de España

SELVA SIN AMOR

¿«Quién abrió los raudales de esas sangrientas llagas, Amor mío»?

ALBERTO LISTA

¡OH, QUÉ DOLOR TAN GRANDE ES QUE LOS HOMBRES VIvan y mueran sin amor!— decía Raimundo Lulio con su ardiente elocuencia, abrasada de ternuras heróicas, en el áureo libro del Amigo y del Amado—. Buscaba el Amigo amor en los montes y los valles, para saber si el Amado era servido, mas sólo halló indiferencia; cavó en los ásperos terrones a ver si en sus entrañas duras encontraba un poco de caridad, ya que en el haz de la tierra solo había desamor.....

¡Y esto lo decía uno de los místicos más apasionados y desbordantes de piedad que hubo en la tierra, uno de los corazones más hermosos y fogosos de aquel siglo magnífico de Dios, el siglo XIII, deslumbradora hoguera de santidad, de sabiduría y de amor, el siglo de los reyes cruzados, de los sabios católicos, de los caballeros de Cristo y los apóstoles de la Fe, la gloriosa centuria de San Fernando y San Luis, Doña Blanca de Castilla, las dos Santas Isabeles, la de Hungría y la de Portugal, San Francisco de Asís, el Ángel de las Escuelas, el Doctor Seráfico, Dante Alighieri, San Antonio de Padua, Santo Domingo de Guzmán!.....

Pues ¿qué diría el místico poeta mallorquín, el mártir del Señor, si anduviera por el mundo en este siglo xx, trágica hoguera, no del amor sino del odio? ¿Hasta dónde habría de cavar en la tierra para hallar en sus entrañas duras un poco de caridad, de sacrificio, de pudorosa modestia, de humilde sabiduría, de santa sencillez, de alegre sufrimiento, de sinceridad religiosa, de amor sin reservas a Cristo crucificado?

Eternas son las semillas, las flores y los frutos del bien. Las rosas de la pasión, las azucenas de la santidad, los azahares de la pureza, los pensamientos humildes, las violetas de la modestia y del candor, crecen por todos los siglos y lugares, y hoy, con más lozanía tal vez que en parte alguna, en los jardines de España. Pero esas hermosas Florecillas, como las del Santo de Asís, nacen y viven en silencio, apartadas y solas, como fuera del siglo, en los cerrados huertos de la virtud, mientras cunden, se yerguen y multiplican por el haz de la tierra, como en la selva oscura donde se halló el poeta florentino, la envenenada flora, la fauna bestial del pecado y de la muerte.

¿Quién no habrá de llorar, con más razón y lágrimas menos puras que Raimundo Lulio, la indiferencia, el desamor con que los hombres viven y mueren; la ingratitud y el apartamiento que muestran hacia el Amado celestial; el paganismo creciente de las costumbres íntimas y sociales, cada vez más desviadas, si no en la forma en el fondo, de la Santa Cruz?

© Biblioteca Nacional de España

Ahora precisamente, cuando la Iglesia conmemora el más sublime, el más divino y a la vez el más humano de los misterios, la unión del Cielo y de la tierra, la pasión y la muerte del Dios-Hombre, la Redención de nuestras culpas por el amor y por la sangre de Cristo (misterio formidable ante el que fueron menos duras las peñas que nuestros corazones), duele más comprobar cómo en gran parte se evaporan del pensamiento y de la vida seculares la esencia ideal de la Pasión del Justo, el hondo sentido de la Redención cristiana.

Viciado el hombre en su cerebro, en su corazón y en sus entrañas; caído por los vicios capitales: el orgullo, la rebeldía, la voluptuosidad, plugo al divino Salvador redimirle por la humildad, la obediencia, el sacrificio, juntos y vivos en su carne, gloriosos y perfectos en su alma, patentes, desgarradores hasta los límites supremos del Amor y el Dolor, de la Pasión y de la Muerte.

¿No es un amargo desconsuelo ver que a los veinte siglos de la terrible Inmolación, los vicios capitales en los pueblos que se llaman cristianos, son precisamente el orgullo, la concupiscencia, la rebeldía, es decir, los clavos más fieros, más agudos con que clavaron al Cordero de Dios en el suplicio?

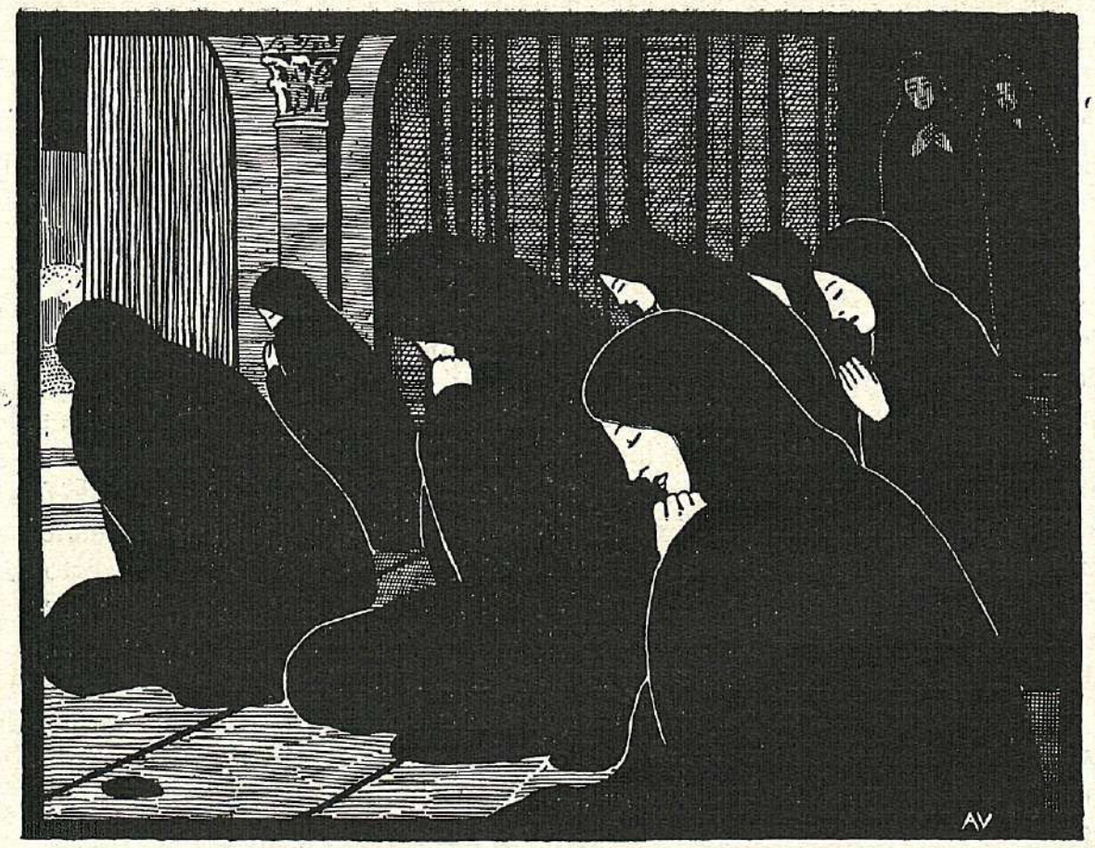
Jamás, acaso, como ahora sintieron los hombres la jactancia, la vanidad y la soberbia, el orgullo desolador, el afán insensato de los goces, la odiosa rebusca de los placeres, el desorden moral y material, la repugnancia a toda mortificación, la rebeldía contra todo freno, el ansia de la felicidad a toda costa. ¿Qué es esto sino convertirse los mismos cristianos en sayones y verdugos de Cristo para clavarle de nuevo en la Cruz? ¿Qué es todo esto sino falta de amor?

Toda conciencia cristiana, por pura y noble que fuere, al poner sus ojos interiores en la Cruz, al revivir en estos días con atrición y angustia la Pasión y Muerte del Señor, habrá de sentir los lúgubres remordimientos de Macbeth, cuando el infame príncipe, asesinando con su Rey al inocente sueño, veía sus manos trémulas, rojas de sangre para siempre. Que como dijo el poeta español

¿Quién abrió los raudales
de esas sangrientas llagas, Amor mío?
¿Quién cubrió tus mejillas celestiales
de mortal palidez? ¿Cuál brazo impío
a tu frente divina
ciñó corona de punzante espina?.....
. . . . . .
¡Llorad, gemid, humanos:
Todos en Él pusísteis vuestras manos!

«VOLVNTAD»

© Biblioteca Nacional de España



MEDALLONES SACROS

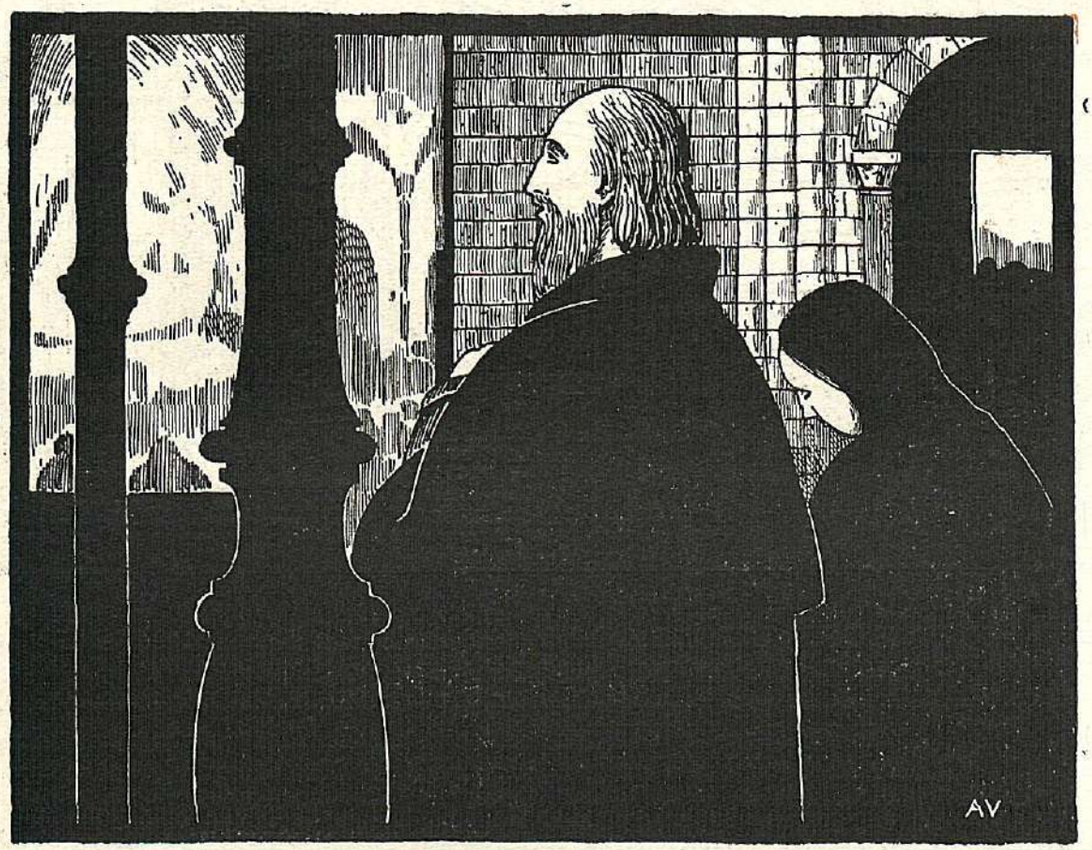
¡MISERERE!

EN LA AMPLIA Y RECIA NAVE DEL CRUCERO
la muchedumbre pecadora reza
y en el espacio flota lastimero
sollozo. El salmo de David empieza.

En la penumbra del recinto austero
difunde el *Miserere* la tristeza
y el cántico se arrastra en un postrero
gemir de la mortal naturaleza.

¡Apiádate de mí! —repite el coro,
con el Real Poeta arrepentido
que ante el Dios de los mundos su arpa toca;
y, al eco del versículo sonoro,
el corazón despierta redimido
y es la plegaria miel a flor de boca,

© Biblioteca Nacional de España



MEDALLONES SACROS

EL MONUMENTO

COMO PIRA DE AMOR, AMOR SIN TASA,
refulge ante el altar el *Monumento*,
fuente de bendición para el sediento,
luz para el ciego, para el tibio brasa.

Amor nos brinda entre sus brazos casa,
nos da su Cuerpo y Sangre por sustento
y en la Gloriosa Cruz de su tormento
con un divino dardo nos traspasa.

Mariposillas de la culpa errantes,
revolamos en torno de la llama
que de lejos miramos anhelantes;
y tal es la atracción que nos inflama
que no hemos menester de alas brillantes
para unirnos de un vuelo a quien nos ama

RODOLFO GIL

© Biblioteca Nacional de España

TODAS LAS TARDES A LA caída del sol, Frank Smit pasa lentamente por la calle Real, camino de la parroquia.

Al pie de una casa antigua con ventrudos balcones y salientes rejas, el ingeniero alemán se detiene unos minutos; allí, detrás de una celosía baja y discreta, le aguarda Rosario, una niña gentil, de belleza muy dulce. Hablan afanosas y breves frases, y ella parece que baña su perlada voz en la luz espiritual de los ojos, cuando pregunta:

—¿Vas adelantando, Frank?... ¿Estudias mucho?... ¿Comprendes bien?

Algo turbado, sincero y humilde, él responde en balbuciente español:

—Estudio, aprendo... pero no he comprendido aún.

—¿Y no crees, todavía?

Desolado murmura Frank.

—Todavía no.

Los dos bajan muy tristes la cabeza, hasta que Rosario, alentadora, ofrece un consuelo al catecúmeno.

—Ten esperanza: Dios te ayudará.

Frank Smit se aleja suspirante: es la hora de su diaria conferencia con el sapiente sacerdote, viejo amigo de la ilustre familia de Rosario Cortés.

* * *

En la villa no se habla de otra cosa: el tema de todas las conversaciones es la posible conversión del ingeniero Smit.

Cuando hace dos años llegó de Alemania la gran Compañía industrial explotadora en el país de un vasto negocio, el joven extranjero venía muy recomendado al padre de Rosarito y obtuvo en casa de Cortés una paternal acogida.

Era Smit hombre de amables prendas y generosos sentimientos. Era Rosario una encantadora criatura, alma bella y noble. A poco de conocerse, en el propicio halago de un trato familiar, se amaron con doloroso silencio, separados por la religión: Smit era protestante.

Con blandura y sigilo la muchacha se convirtió en catequista cerca del ingeniero. Y oyendo las férvidas palabras con que ella enaltecía los misterios del catolicismo, Frank empezó a sentir en el alma el reflejo de una luz desconocida: era el calor divino de la lumbre en que ardía el corazón cristiano de la niña española.

Un día Frank, asombrado de las místicas grandezas que Rosario le contaba, confesó:

—¡Mi religión no es tan hermosa!...

A la tarde siguiente el mozo declaró a su amiga dos grandes secretos, no tan ocultos como suponía él: ofreciole su nombre y su cariño, y de antemano puso una condición:

—Si al instruirme en el catolicismo creo y amo lo que tú amas y crees; pero si vacilo, si una fe como la tuya no acude a iluminarme, volveré a Alemania solo y para siempre.

Ella asintió feliz al contemplar la hidalguía del postulante:

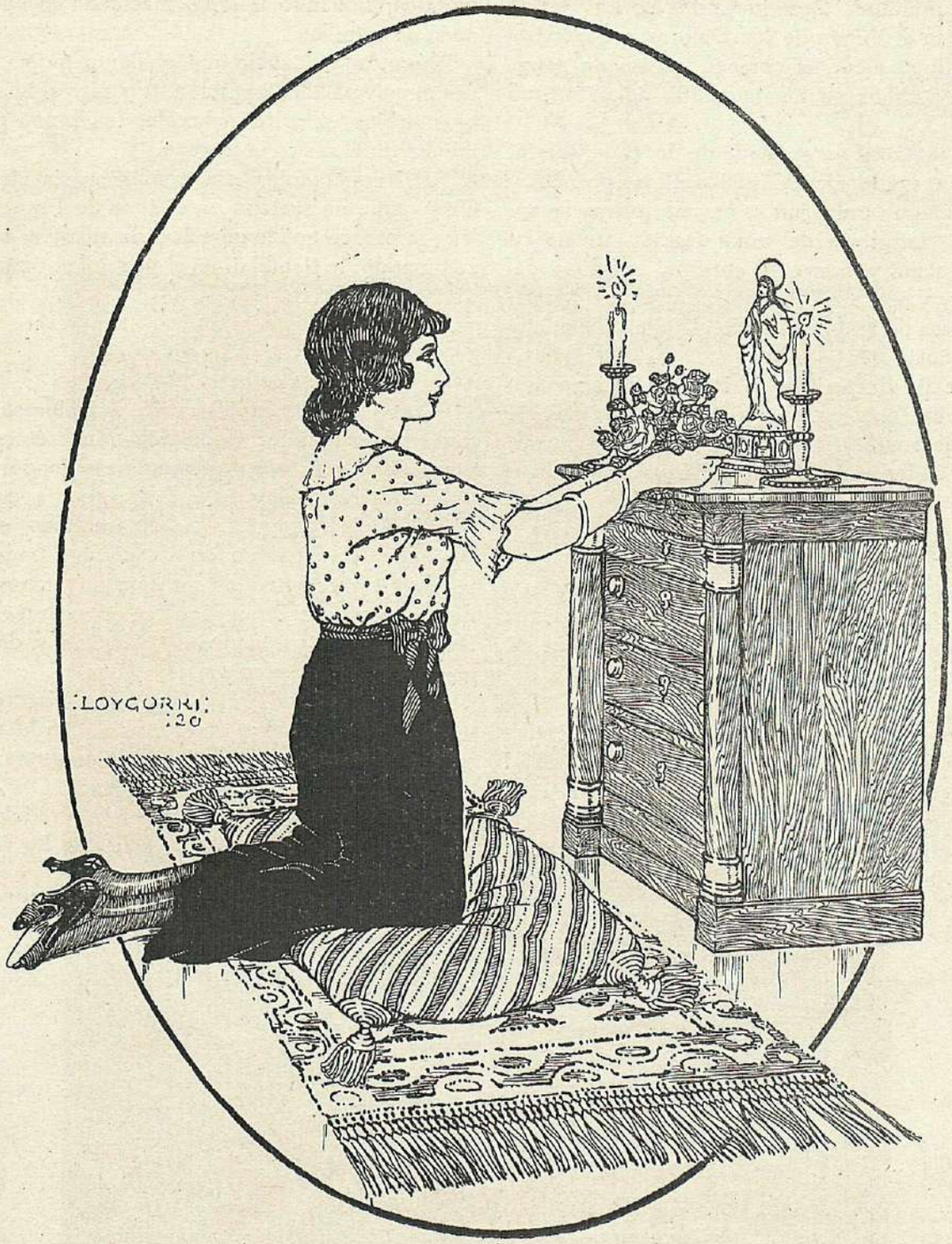
—Bien dices: una conversión interesada no te acercaría a mí lo bastante para que fuéramos dichosos.

Ahora estudia y aprende Frank Smit a la vera del párroco, y antes o después de las lecciones suspira en la reja de Rosarito.

—¡No creo todavía!

* * *

© Biblioteca Nacional de España



Ya crece Abril y la primavera se embriaga con sus flores, pero en la reja de Rosario Cortés gime siempre el lamento de un alma vacilante.

La muchacha tiene en el oratorio una preciosa imagen de su Patrona, y no cesa de pedirle fe para el que duda, precisamente en los misterios de la Virgen María. Una virtud de caridad inflama aquellos ruegos, y una ciega confianza impulsa a la devota cuando dice a Frank, detenido a saludarla como de costumbre:

—Entra a visitar a mi Virgen del Rosario.

El obedece feliz, porque en aquel hogar donde todos le quieren siente el hechizo de futuras bienandanzas. Su amiga le conduce a los pies de la Señora, que les contempla con ojos clementes y expresión inefable.

Se arrodilla Frank ansioso, y la niña penetrándose de fervor, toma el rosario que la imagen alza en los dedos, y le dice al prosternado:

—¡Reza, suplica, aguarda...!

Lleva el mozo con respeto a sus labios las cuentas benditas, espera deprecativo y anhelante, y al cabo inclina la frente con desolada pesadumbre y se conduele:

—¡No puedo; no puedo creer y amar como tú!

* * *

Ya está aquí la Semana de Dios, desgranando en la villa sus horas de luto y de piedad. Graves y solemnes se suceden las fiestas religiosas, y llega el Jueves Santo con la doliente procesión dispuesta.

Los devotos penitentes conducen las andas ergui-

© Biblioteca Nacional de España

das sobre la multitud. Rosario Cortés se ha vestido de negro como la Virgen de los Dolores, y mezclada entre el gentío reza con el corazón opreso de amargura. Tal vez Frank se ha marchado aquel mismo día...

La reja de la novia, ya escalada de flores de jazmín, oyó el adios rasgado y cruel de dos almas grandes y tristes que soñaron arder juntas en una misma fe, sacra y eterna. La gracia del amor santificante no ha descendido plena y fuerte al corazón anheloso del pobre Frank, y el amor humano cumple con heroismo su promesa de renuncia entre el joven alemán y la niña española.

Smit ya se ha despedido de Rosario, acaso para siempre, y ella, con los ojos rasos de lágrimas, le cuenta sus pesares a la Dolorosa, en voz muda, peregrina detrás de las andas donde la Virgen se mece.

* * *

La procesión retorna. En el atrio del templo hay un hombre que espera, no sabe que esperanza: es Frank que ha ido allí empujado por la costumbre de andar todas las tardes aquel camino a la caída del sol.

Los «pasos» entran y se oscurecen bajo la nave central de la parroquia. El último llega al pórtico el de la Virgen de los Dolores, y se detiene porque una oleada de muchedumbre le oprime un instante.

Aquel mozo que en el dintel no sabe lo que espera, ha mirado a la Virgen: nunca la ha visto como hoy vestida de luto, llorosa y clavada de puñales: él la conoce riente y soberana, reina de serafines y de mundos; hollando la luna, meciendo al Niño, coronada de estrellas...

Ahora, un pañizuelo que el llanto moja, oscila en sus manos pálidas, implorantes y convulsas: tiene los ojos turbios, el corazón herido, tenebroso el manto, infinita en el rostro la tristeza.

Todo aquel dolor, sin nombre y sin ejemplo, se clava como un saetazo en el alma de Frank Smit: la Virgen parece que le mira cuando al volver a mecerse, caminando, le tiemblan en el pecho los puñales de la divina desventura.

* * *

Está solitaria la capilla donde la Dolorosa tiende el duelo de su vestido. Unos cirios fúnebres crepitan al pie de las andas y su macilento resplandor alumbra apenas el perfil luctuoso de la imagen, a cuyas plantas se hinoja de repente un hombre mozo, exaltado y poseído. El parpadeo de los ciriales ondula en la mantilla con recortes de luz que fingen reverencias; diríase que la madre se inclina acogedora. Y Frank Smit, con el rostro blanco de emoción y de lástima, promete, alaba y confiesa.

Una sombra se desliza a su lado: Rosarito que velaba en el fondo negro de la capilla, con la voz inmutada, llena de gozosa inquietud, le pregunta:

—¿Ya comprendes, Frank, ya crees?

—Nada comprendo —responde él crédulo y sollozante—, pero siento y amo desde que he visto llorar a la Virgen María...

CONCHA ESPINA

Madrid, Marzo 1920.

© Biblioteca Nacional de España

El Prendimiento: *Cuadro de Van - Dick*
Museo del Prado.—Madrid

CONSIDERACIONES DE LA PASION Y MUERTE DE CRISTO NUESTRO SEÑOR

POR EL MAESTRO FR. LUIS DE GRANADA,
DE LA ORDEN DE SANTO DOMINGO

© Biblioteca Nacional de España

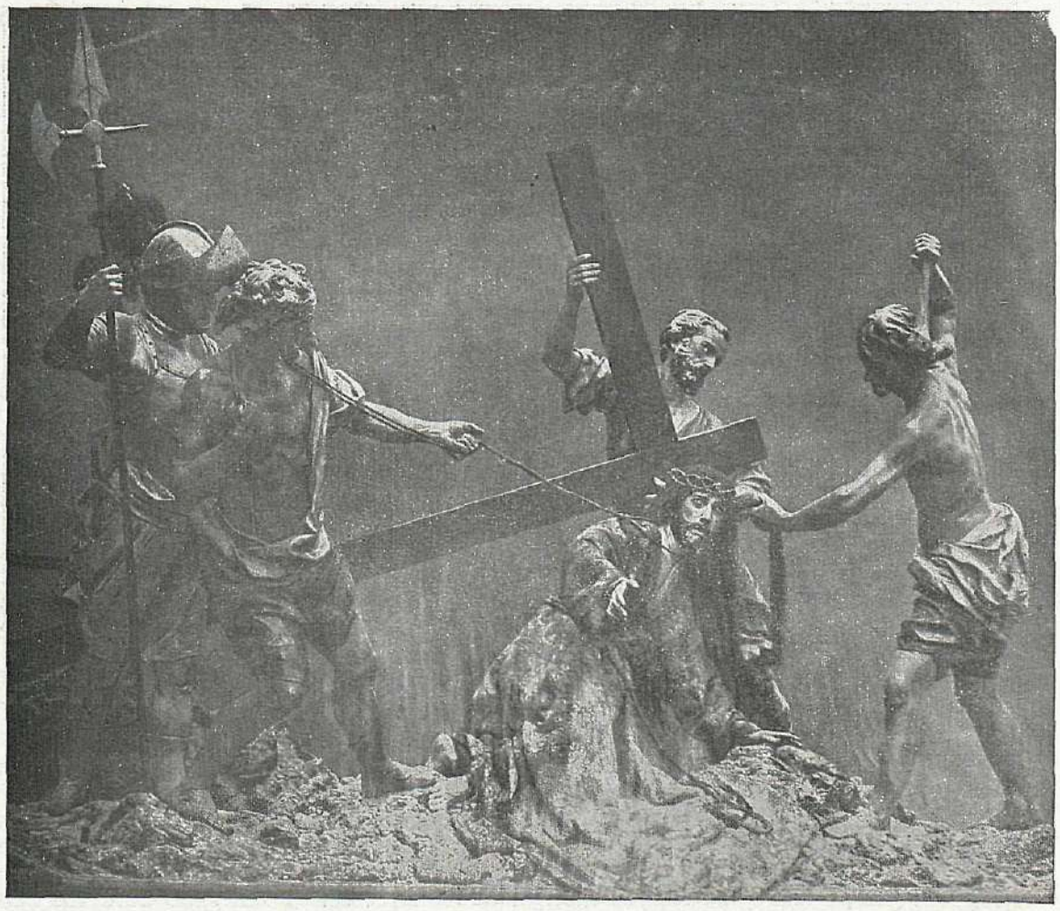
La Flagelación: *Escultura de Salzillo*
Iglesia de Jesús.—Murcia

Considera alma mía los azotes que el Salvador padeció en la columna... Este es uno de los grandes y maravillosos espectáculos que ha habido en el mundo. ¿Quién pensó jamás que habían de caer azotes en las espaldas de Dios? Pues ¿qué cosa más lejos de su alteza y gloria que la bajeza de los azotes? Castigo es este de esclavos y ladrones, y tan abatido castigo que bastaba ser ciudadano de Roma para no estar sujeto a él por culpado que fuere. Y con todo esto ¡que venga ahora el Señor de los Cielos, el Creador del mundo, la gloria de los ángeles, la sabiduría, el poder y la gloria de Dios vivo, a ser castigado con azotes! Creo verdaderamente que los coros de los ángeles estuvieron aquí como atónitos y espantados viendo esta maravilla, adorando y reconociendo la inmensidad de aquella divina bondad que aquí se les descubría. Por que si hinchieron los aires de goces y alabanzas el día de su nacimiento, no habiendo visto más que los pañales y el pesebre, ¿qué harían ahora viendo los azotes y la columna? Pues tú, alma mía, a quien tanto más que a los ángeles toca este negocio, ¿cuánto más lo debes sentir y agradecer?

Entra pues ahora con el espíritu en el pretorio de Pilatos y lleva contigo las lágrimas aparejadas, que serán bien menester para lo que allí verás y oirás. Mira cómo aquellos crueles y viles carniceros desnudan al Salvador de sus vestiduras con tanta inhumanidad, y cómo El se deja desnudar de ellos con toda humildad, sin abrir la boca ni responder palabra a tantas injurias como allí le harían. Mira cómo luego atan aquel Santo Cuerpo a una columna, para que allí le puedan herir más a su placer. Mira cuán solo estaba allí el Señor de los ángeles entre tan crueles verdugos, sin tener de su parte ni padrinos ni vale-

© Biblioteca Nacional de España

La Caída: *Escultura de Salzillo*
Iglesia de Jesús.—Murcia



dores, ni aun siquiera ojos que se compadeciesen de El. Mira cómo luego comienzan con grandísima crueldad a descargar sus látigos y disciplinas sobre aquellas delicadísimas carnes, y cómo se añaden azote tras azote y llagas sobre llagas y heridas sobre heridas. Allí verás luego ceñirse aquel Sacratísimo Cuerpo de cardenales, rasgarse la piel, reventar la sangre y correr a hilo por todas partes. Mira como aquella carne tan delicada, tan hermosa y como una flor de toda carne, era allí por todas partes abierta y despedazada.

Camina el Inocente con aquella carga de la Cruz sobre sus hombros tan flacos, siguiéndole mucha gente y muchas piadosas mujeres que con sus lágrimas le acompañaban. ¿Quién no habría de derramar lágrimas viendo al Rey de los ángeles caminar paso a paso con aquella carga tan dura, temblando las rodillas, abatido el cuerpo, los ojos tristes, el rostro sangriento, con aquella guirnalda en la cabeza y con aquellos tan vergonzosos clamores y pregones que daban contra El?

Entre tanto, alma mía, aparta los ojos de este cruel espectáculo y con ojos llorosos camina hasta la Virgen y derribado ante sus pies comienza a decirle con dolorosa voz: ¡Oh, Señora de los ángeles, Reina del Cielo, puerta del Paraíso, abogada del mundo, refugio de los pecadores, salud de los Justos, alegría de los Santos, maestra de las Virtudes, espejo de limpieza, dechado de paciencia y de toda perfección! ¡Ay de mí, Señora mía! ¿Para qué se ha guardado mi vida para esta hora? ¿Cómo puedo yo vivir habiendo visto con mis ojos lo que vi? ¿Para qué son mis palabras? ¡Dejo a tu Unigénito hijo y mi Señor en manos de sus enemigos con una Cruz a cuestas para ser en ella ajusticiado!

© Biblioteca Nacional de España

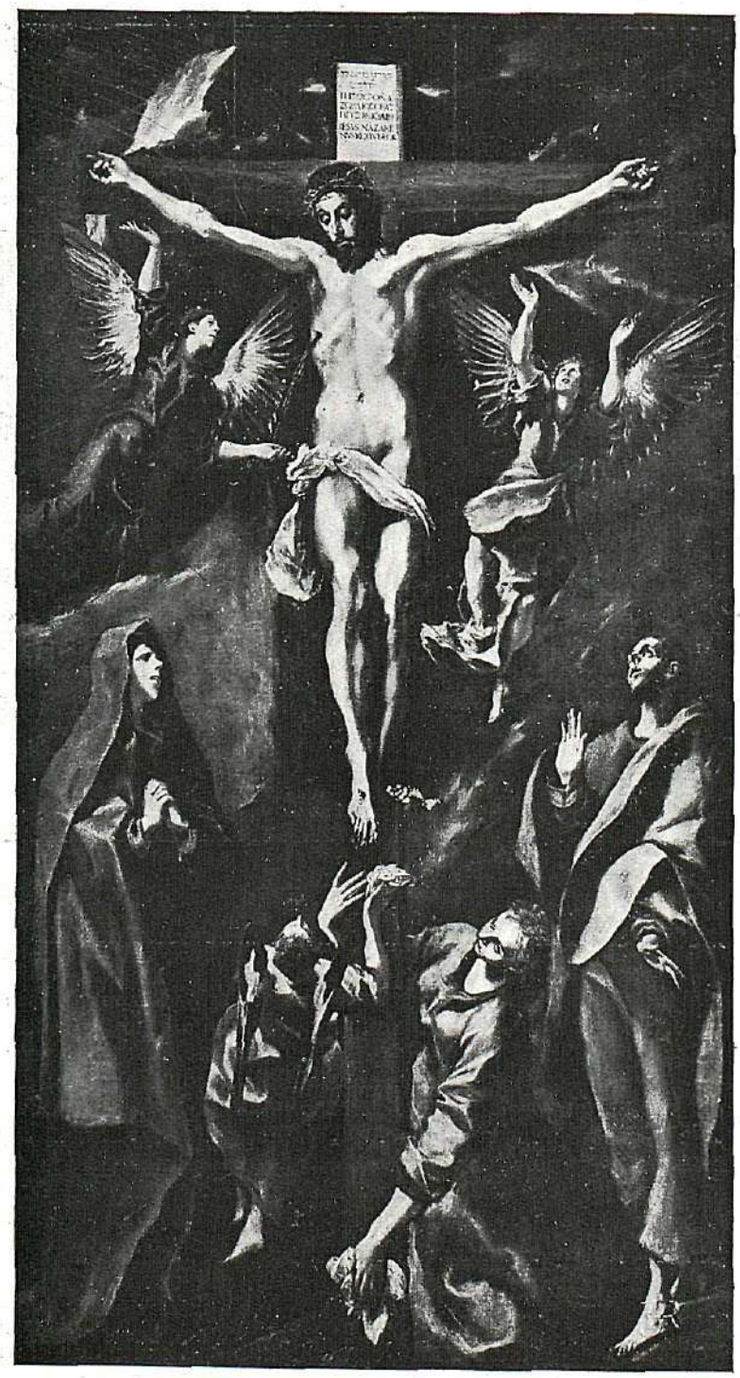
La Cena: *Cuadro de Juan de Juanes*
Museo del Prado.—Madrid

Contempla ahora, ¡oh, alma mía! en esta Cena a tu dulce y benigno Jesús, y mira el ejemplo de inestimable humildad que te da a ti levantándose de la mesa y lavando los pies de sus discípulos. ¿Qué sintieras, alma mía, si vieras allí a Dios arrodillado ante los pies de los hombres y ante los pies de Judas? ¡Oh cruel! ¿Cómo no se te ablanda el corazón con tan inmensa humildad? ¿Cómo no te rompe las entrañas esa tan grande mansedumbre? ¿Es posible que tú hayas determinado vender este mansísimo Cordero? ¿Es posible que no te hayas ahora compungido con este altísimo ejemplo? ¡Oh blancas y hermosas manos! ¿Cómo podéis tocar pies tan sucios y abominables? ¡Oh, purísimas manos! ¿Cómo no tenéis asco de lavar pies enlodados en los caminos y tratos de vuestra sangre? Mirad, ¡oh, espíritus bienaventurados, lo que hace vuestro Creador! Salid a mirar desde esos cielos y le veréis arrodillado ante los pies de los hombres. A mí, que soy un hombre mortal, un poco de tierra y de ceniza, un vaso de corrupción, una criatura llena de vanidad, de ignorancia y de infinitas miserias, Tú, Señor de todas las cosas, ¡a mí, al más bajo de todas ellas me quieres lavar los pies? Mira no se avergüencen de esto los cielos y los ángeles...

Venido habemos, alma mía, al Sacro Monte Calvario y llegado a la cumbre del misterio de nuestra reparación. ¡Oh cuán maravilloso es este lugar! Verdaderamente esta es casa de Dios, puerta del Cielo, tierra de promisión, lugar de salud. Aquí está plantado el árbol de la vida, aquí está asentada aquella escalera mística que vió Jacob, que junta el cielo con la tierra, por donde los ángeles descienden a los hombres y los hombres suben a Dios... Despierta pues ahora, alma mía, y comienza a pensar el misterio de esta Santa Cruz. Mira como ha llegado ya el Salvador a este lugar; como aquellos perversos enemigos, por que fuese más vergonzosa su muerte, le desnudan de todas sus vestiduras; mira con cuanta mansedumbre se deja desollar aquel inocentísimo Cordero; mira como la hermosura de los ángeles es aquí afeada y la alteza de los Cielos humillada y la majestad y grandeza de Dios avergonzada y abatida. Considera el frío que padecería aquel Santo cuerpo despedazado y desnudo, y aprende tú también a seguirle desnudo y pobre; aprende a menospreciar todo lo que puede dar el mundo, para que merezcas abrazar al Señor con brazos desnudos, sin mezcla de otro peregrino amor...

© Biblioteca Nacional de España

La Crucifixión: *Cuadro del Greco*
Museo del Prado.—Madrid



Después de esto, considera cómo el Señor fué clavado en la Cruz y el dolor que padecería al tiempo que aquellos clavos entraban por las más delicadas partes del más delicado y puro de todos los cuerpos. Y mira también lo que la Virgen sentiría cuando viese con sus ojos y oyese con sus oídos los crueles golpes que sobre aquellos miembros divinales tan amenudo caían. Mira cómo luego levantaron la Cruz en alto y cómo la fueron a meter en un hoyo que para esto tenían hecho, y cómo, según eran crueles los ministros, al tiempo de asentarla dejáronla caer de golpe y así se estremecería todo aquel Santo Cuerpo en el aire y se rasgarían todas sus llagas y crecerían más sus dolores.

© Biblioteca Nacional de España

El Descendimiento: *Cuadro de Van-der-Weiden*
Museo del Prado.—Madrid

Oh, Salvador y Redentor mío, ¿qué corazón habrá tan de piedra que no se parta de dolor, pues en este día se partieron las piedras considerando lo que padeces en la Cruz? Cercado te han, Señor, dolores de muerte y embestido han sobre Ti las olas de la mar; atollado has en el profundo de los abismos y no hallas sobre que estribar. El Padre te ha desamparado, ¿qué esperas, Señor mío, de los hombres? Los enemigos te mofan, los amigos te cierran el corazón, tu ánima está afligida y no admites consuelo por mi amor.

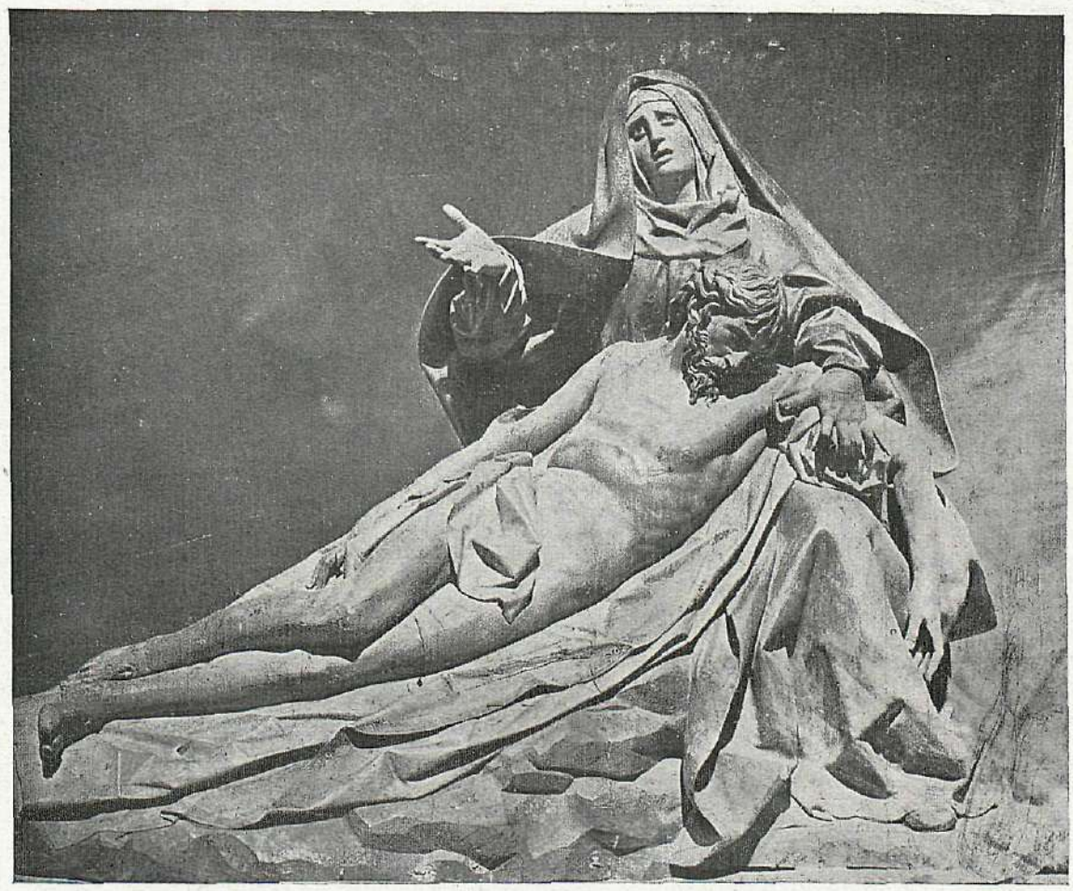
Duros fueron mis pecados, y tu penitencia lo declara. Véote, Rey mío, cosido con un madero; no hay quien sostenga tu santa humanidad sino tres garfios; de ellos cuelga tu purísima carne sin tener otro refrigerio... La mía quiere la cama blanda, la vestidura preciosa, la casa espaciosa y grande; conózcome, Señor, por muy sensual y amigo de mí mismo; quiero comer y beber delicadamente, quiero después de las comidas y cenas pláticas y recreación, holgarme de pasear por los vergeles, mientras Tú, Creador de todas las cosas, no tienes sobre qué reclinar la cabeza. ¡Oh, vanidades y demasías! ¿Cómo podéis ser acogidas en tierra de verdaderos cristianos?

Avergüenzate, pues, oh alma mía, mirando al Señor en esta Cruz y haz cuenta que desde ella te predica y te castiga diciendo: Oh hombre, yo por ti recibí una corona de espinas, y tú traes en desprecio mío una guirnalda de flores. Yo por ti extendí mis manos en la Cruz, y tú las extiendes a los placeres. Yo no tuve muriendo una sed de agua, y tú buscas preciosos vinos y manjares. Yo estuve en la Cruz y en toda la vida que viví lleno de deshonras y dolores, y tú andas toda la tuya perdido tras de las honras y deleites. Yo me dejé abrir el costado para darte mi corazón, y tú tienes el tuyo abierto para vanos y peligrosos amores.

Después de todo esto considera como fué quitado aquel Santo Cuerpo de la Cruz y recibido en los brazos de la Virgen. Llegan, pues, el mismo día aquellos dos santos varones Joseph y Nicodemus y arrimadas sus escaleras a la Cruz descienden en brazos el cuerpo del Salvador... Pues cuando la Virgen le tuvo en los suyos ¿qué len-

© Biblioteca Nacional de España

La Piedad: *Escultura de Gregorio Hernández*
Museo de Valladolid

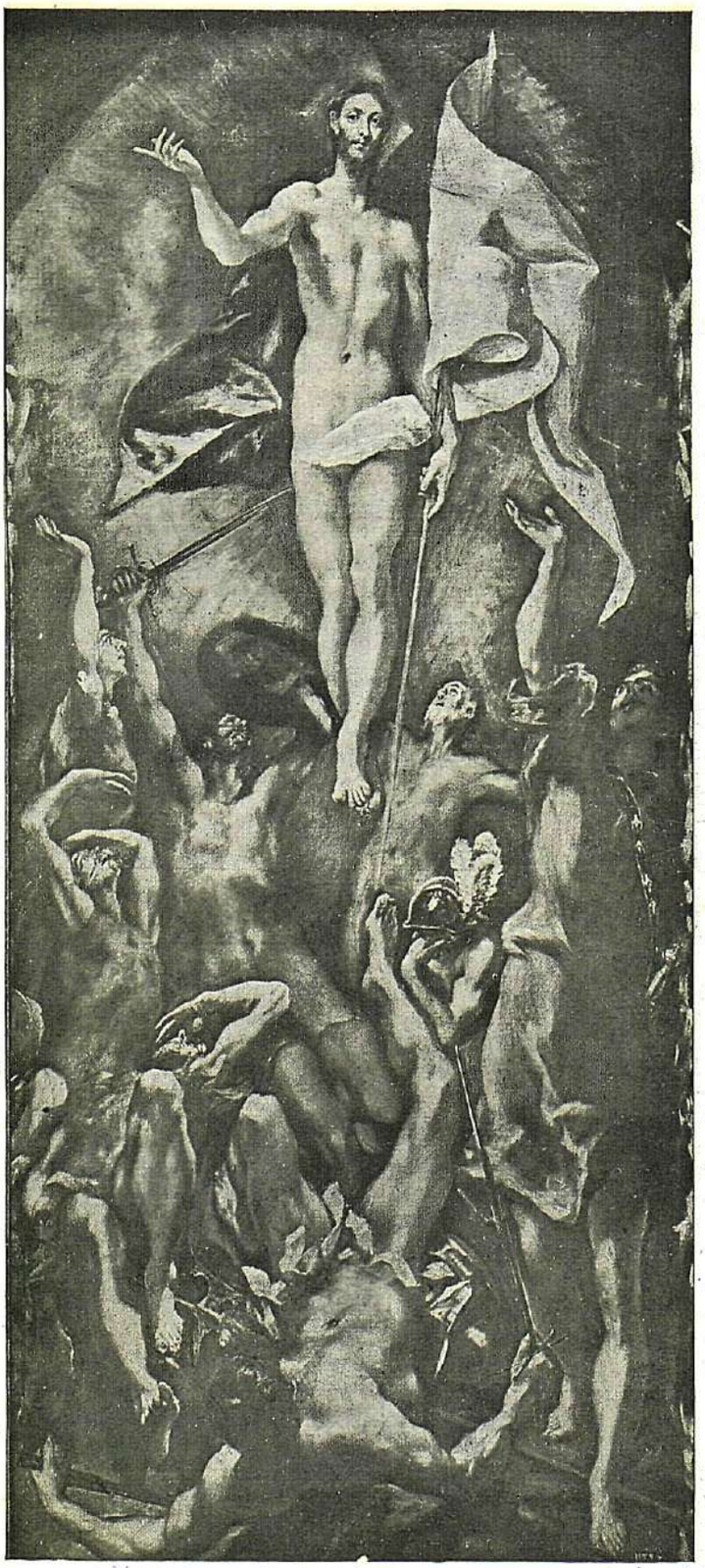


gua podrá explicar lo que sintió? Oh ángeles de paz, llorad con esta Sagrada Virgen; llorad Cielos, llorad estrellas, y todas las criaturas del mundo acompañad el llanto de María. Abrázase la Madre con el cuerpo despedazado; apriétalo fuertemente en su pecho, que para esto sólo le quedaban fuerzas; mete su cara entre las espinas de la Sagrada cabeza hasta juntar rostro con rostro; tíñese la cara de la Madre con la sangre del Hijo y riégase la del Hijo con las lágrimas de la Madre. ¡Oh, dulce Madre! ¿Es ese por ventura vuestro dulcísimo Hijo? ¿Es ese el que concebiste con tanta gloria y alegría? ¿Pues que se hicieron vuestros gozos pasados? ¿Dónde se fueron vuestras alegrías antiguas? ¿Dónde está aquel espejo de hermosura en quien os mirábais? ¡Ya no os aprovecha mirarle a la cara porque sus ojos han perdido la luz, los que con su vista alegraban el mundo, que con su hermosura oscurecían el sol! ...

Estaba el Santo cuerpo en el sepulcro con aquella dolorosa figura con que el Señor lo había dejado; tendido en aquella losa fría; amortajado con su mortaja; cubierto el rostro con un sudario, y sus miembros todos despedazados. Era ya después de la media noche, a la hora del alba, cuando quería prevenir el Sol de justicia al de la mañana y tomarle en este camino la delantera. Pues en esta hora tan dichosa entró aquella alma gloriosa en su santo cuerpo... Acaece algunas veces estar una nube muy oscura y tenebrosa hacia la parte del Poniente, y si cuando el sol se quiere ya poner, la toma delante y la hiere y embiste con sus rayos, suele ponerla tan hermosa, tan arrebolada y tan dorada que parece al mismo sol. Pues así aquella alma gloriosa, después que embistió en aquel santo cuerpo y entró en él, todas sus tinieblas convirtió en luz y todas sus fealdades en hermosura, y del cuerpo más afeado de los cuerpos hizo el más hermoso de todos. De esta manera resucitó el Señor del sepulcro, todo ya perfectamente glorioso, como primogénito de los muertos y figura de nuestra resurrección...

© Biblioteca Nacional de España

La Resurrección: *Cuadro del Greco*
Museo del Prado.—Madrid



© Biblioteca Nacional de España

MÁS FVERTE QVE LA MVERTE

MIRO A JESÚS MORIBUNDO, Y EN ÉL SALUDO UNA POStrera realeza, más sublime que todas las demás: la realeza del amor.

Sí, miro a la Cruz; y cuando pretendo elevar mi alma hasta las últimas alturas, dígome: ¡Aquel que allí está en las convulsiones de la agonía, es un Dios, o, para decirlo con mayor exactitud, es Dios!

Sí, sí, ese gran Dios, que hizo el cielo y la tierra, es quien allí está. Quien le puso en ese estado, es el amor.

¡Sí, sobre ese patíbulo, muere por amor! No es bastante decir: ¡muere de amor! He ahí lo sublime.

El orgullo había desecado el corazón del hombre; el sensualismo habíalo manchado. Todavía guardaba algunos arrebatos hacia la criatura; horas de locura y de pasión, seguidas ¡ay! de amargos sarcasmos. Tocante a Dios, nada, ni un movimiento. Requeríase despertarle; y como el sopor duraba siglos hacía, necesitábase un golpe enérgico; algo que le asombrase, que le causara sorpresa, que le arrancase una carcajada o un sollozo. Todas las cuerdas de ese pobre corazón, estropeadas, distendidas, rotas, requeríase tocarlas unas después de otras, y todas a la vez, hasta irritarlas, para despertar en ellas extinguidas armonías; y solamente había un artista capaz de eso: era el amor. El corazón es una lira que solamente el amor puede tocar, y, por otra parte, el amor es un artista que hace siempre estremecerse al corazón.

Unicamente, requeríase aquí un amor extraño, extraordinario. No bastaba que Dios amase al hombre, que le amase el primero, que le amase tiernamente; necesitábase amarle hasta la pasión, hasta la locura.

Requeríase uno de esos amores que no dejan la libertad de la indiferencia, que es necesario aborrecer o adorar, que uno insulta como una quimera, de los cuales ríese uno como de una locura, o que se confiesan con sollozos. Y tal fué el amor de la Cruz. No bastó a nuestro Señor abatirse, humillarse, derramar su sangre; quiso llegar prontamente hasta lo más grande y hasta lo más bello. Lo más bello es morir por aquellos a quienes se ama. Murió por el hombre, para librarle del castigo que había merecido. Hizo más: sufrió la muerte de manos del hombre, de manos de aquellos a quienes amaba; de suerte que su postrer suspiro fué justamente un rescate, una liberación y un perdón. Entrelazó tan divinamente las faltas de la humanidad y sus propios dolores, que no se sabe si llorarse deben las faltas que tales dolores trajeron, o adorar los dolores que han expiado tales faltas. Permanécese al pie de la Cruz, conmovido, asombrado, enternecido, dividido entre el estupor y el entusiasmo, sin saber qué nombre dar a un amor que no tiene análogo sobre la tierra. Es tan grande, que parece imposible. Contra eso, ya lo veremos, han chocado todos los herejes; y durante siglos fué el más grande obstáculo a la fe. La mente asombrábase, se rebelaba; encogíase de hombros; sonreíase de lástima. «¡Cómo, ese crucificado, ese ajusticiado es Dios! ¡Pretendéis burlaros!» Luego, la proposición se convirtió en el corazón de la humanidad: «¡Cómo, es Dios, y fué crucificado, flajelado, ajusticiado! ¿Mas por qué no aplastaba a sus verdugos? ¿Por qué no confundía a ese Pilatos? ¿Por qué soportaba esas bofetadas? ¿Por qué sufría esos dolores?» No por debilidad; es Dios. ¡Era, pues, por amor! «¡Cómo, Dios habríame amado hasta ese punto, hasta la pasión, hasta la locura, hasta el suplicio!» Las lágrimas llegaron con el entusiasmo y el amor de Dios resucitó.

Y, con el amor de Dios, el amor al hombre. Porque ¿por quién murió? Por los hombres todos sin excepción: por los pequeños, por los pobres, por los extraños, por todos. Murió por mi padre, por mi madre, por mis hermanos. Esa pequeña cuna en donde duermen mis hijos; ese hogar querido, esa pura y santa compañera de mi vida; todo eso está cubierto con la sangre de mi Dios, bañado con sus ternuras; ¡y no habría de amarlos! Todos los amores resucitaron unos en pos de otros y, al resucitar, adquirieron desde el primer momento su gran carácter; fueron una pasión.

La pasión de Dios por el hombre engendró la pasión del hombre por Dios y por la humanidad.

Mas este último punto de vista es demasiado bello para no dedicarle más que rápida ojeada.

MONSEÑOR BOUGAUD
OBISPO DE LAVAL

© Biblioteca Nacional de España

Padre, perdónalos, porque no saben lo que se hacen.

LAS SIETE PALABRAS

SONETOS

I

Entre tanto Jesús decía: Padre, perdónalos, porque no saben lo que se hacen..
Lucas, XXIII, 34.

DE CRISTO REDENTOR LA LEY SUBLIME
Desde la Cruz el Redentor sanciona:
Vierte su sangre el hombre, y le perdona
Y al precio de esa sangre le redime.

El pueblo a Cristo sin piedad oprime,
Su afrenta y muerte con furor pregona;
Y al pueblo Cristo, generoso, abona
Y de esa culpa, por amor, le exime.

Bien su estirpe divina proclamaba
Aquel gran corazón, que en la agonía
El perdón para todos imploraba,

Mostrando por razón de su porfía
La augusta dignidad del que moría
Y la ciega pasión del que mataba.

© Biblioteca Nacional de España

En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el Paraíso.

II

Y le dijo Jesús: En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el Paraíso.

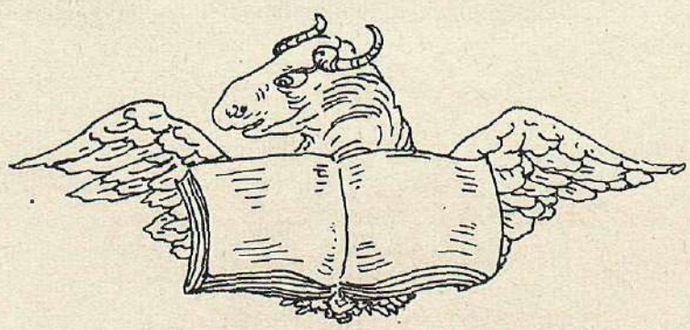
Lucas, XXIII, 43.

LA MAJESTAD DE CRISTO Y SU INOCENCIA
Con frases de humildad Dimas proclama:
Por Rey le tiene, pues Señor le llama
Y como a rey le rinde reverencia.

Cristo ofrece su reino y su presencia
A quien por El y por su reino clama;
De un hombre vil la condición y fama
No estorba su piedad y su clemencia.

Bien pronto la eficacia redentora
De su martirio el Redentor advierte
Y pronto el redimido la recibe.

¡Oh esperanza del Cielo alentadora!
¡Muerte! Si a Dios me llevas no eres muerte,
Que no se muere si con Dios se vive.



© Biblioteca Nacional de España

Mujer, he ahí tu hijo. Y después al discípulo:
He ahí tu madre.

III

Habiendo visto Jesús a su Madre y al discípulo amado, dijo a su Madre: Mujer, he ahí tu hijo. Y después al discípulo: He ahí tu madre.

JUAN, XIX, 27.

DEL DISCÍPULO AMADO LA TRISTURA
Y de la Santa Madre el hondo duelo
Alivio dulce y eficaz consuelo
Con la doble adopción Cristo procura.

¡Madre que al hombre das vida y dulzura,
Gloria a la tierra y esplendor al Cielo,
Iris de amor y paz que rasga el velo
De toda humana cuita y amargura!

Fuente viva de amor: ¿quién no te ama?
¿Quién, triste o venturoso, no te llama?
Si el Cielo te nombró su Embajadora,

El hombre de tus ruegos medianera,
Y eres de toda gracia tesorera,
¡Madre, Virgen, Mujer, Reina y Señora!

© Biblioteca Nacional de España

¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?

IV

A la hora de nona o cerca de ella, Jesús clamó con fuerte voz: ¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?

MATEO, XXVII, 46.

¡GRITO DESGARRADOR DEL REAL PROFETA
Que exhala Jesucristo en la agonía!
¡Cómo se cumple en Ti la profecía
Que anunció en sus cantares el poeta!

Entre el clamor con que la turba inquieta
Injuria al Mártir con tenaz porfía,
La visión de David, grave y sombría,
En los labios de Cristo se completa.

¡Grito de angustia que en el mundo entero
La Suprema Justicia hizo patente!
De tal rigor misericordia espero:

Que a Dios, abandonando al inocente,
Plugo ser con el Hijo más severo
Por mostrarse conmigo más clemente.

© Biblioteca Nacional de España

V

Viendo Jesús que todo estaba a punto de ser cumplido para que se cumpliera la Escritura, dijo: Tengo sed.

JUAN, XIX, 28.

EL JUSTO TIENE SED: CON BLANDO ACENTO
Este nuevo dolor Cristo confiesa;
Mirad su rostro y hallaréis impresa
La espantosa ansiedad de este tormento.

Yo sé calmar tu sed, mas no lo intento;
Agua tu amor me da, vaso tu mesa,
Tu voz me anuncia celestial promesa...
Y seguimos, yo sordo y Tú sediento.

Y aún con vinagre la impiedad humana
Añade un nuevo horror a la agonía,
Aún de su propia iniquidad se ufana,

Aún del Reo las hondas pesadumbres
Celebra con ruidosa algarabía.
¡Piedad! No eres virtud de muchedumbres.

© Biblioteca Nacional de España

VI

Cuando Jesús probó el vinagre, dijo: Todo se ha consumado.

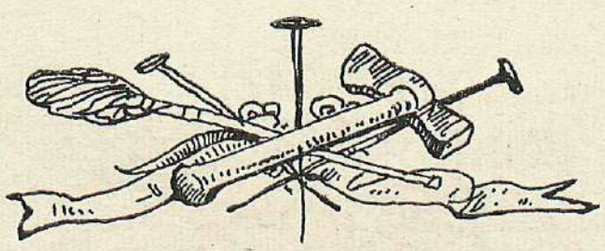
JUAN, XIX, 50.

TODO ACABADO ESTÁ, TODO CUMPLIDO:
Tu sed, tu desamparo, tus sudores;
Ya todos los martirios y dolores
En tu cáliz amargo has consumido.

Tu sangre redentora ha detenido
De la Justicia eterna los rigores;
Ya hay en tu frente augusta los albores
Del Cielo que tu amor me ha conseguido.

Todo, Señor, no acaba, algo perdura;
La luz de tu verdad que me ilumina,
La infamia de tu Cruz que me tortura,

Tu ejemplo, tu moral y tu doctrina,
Tu amor, tu sacrificio y tu victoria.
Todo acaba, Señor, menos tu gloria.



© Biblioteca Nacional de España

Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.

VII

Entonces Jesús con una gran voz, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.

LUCAS, XXIII, 46.

A TU ORACIÓN RESPONDE EL DESCONCIERTO
Que forma de la turba el vocerío.
¡Cuán diferente del silencio umbrío
En la serena soledad del Huerto!

Tu frase da a mi fe camino cierto,
Luz a mi mente, norte a mi desvío:
Tu voz aguardo y en tu voz confío,
Que has de hablar, como Abel, después de muerto.

Con la muerte luchaste, y fué vencida:
¿Cómo no vencer Tú, si eres la vida?
Muere tu cuerpo, mas tu sangre abrasa,

Cierras tus ojos, mas su luz fulgura,
Pasan los hombres, mas tu voz no pasa,
Pasan los siglos, mas tu voz perdura.

DAVID ESTEVAN

Almería, Febrero de 1920.

© Biblioteca Nacional de España

CRONICAS RETROSPECTIVAS

La Condesa de Torrejón descendiendo de un coche palatino durante la última visita de la Corte a los Sagrarios

LA ÚLTIMA VISITA DE LA CORTE A LOS SAGRARIOS

Corría el año de gracia de 1884; nada hacía presagiar la desgracia que meses después había de ensombrecer el cielo de la Patria española; Don Alfonso XII, dichoso en su matrimonio con Doña María Cristina de Austria, era el ídolo del pueblo madrileño, que cifraba en su reinado las más caras esperanzas de regeneración y de prosperidad.

Había sido el invierno pródigo en fiestas y aún se preparaban otras muy brillantes para la primavera, así que pasaran las festividades de la Semana Santa, que Madrid celebraba todavía con solemnidad inusitada, prestando la Corte su brillo a las fiestas religiosas cual cumple a un Monarca que lleva el dictado de Católico.

Se hablaba todavía del baile de trajes celebrado en el Palacio de Fernán-Núñez, en honor de Sus Majestades, que había puesto en danza —según frase vulgar— a tanta gente. y de boca en boca corría la ingeniosa frase de Fernández-Bremón, el notable cronista de la *Ilustración Española y Americana*, que casó con una hija del Marqués de Salamanca. A propósito de lo que había gastado la aristocracia en aquella fiesta y de la curiosidad e interés que en el pueblo despertara, contaba Bremón el siguiente sucedido:

—¡Quién fuera título! —exclamaba un sastre, contemplando un traje de *Incroyable*, que acababa de terminar, destinado a un título de Castilla, a lo que contestó éste, que sin duda no

© Biblioteca Nacional de España

se hallaba en muy desahogada posición, cuando le llevaron la cuenta:

—¡Quién fuera sastre!

En el Teatro de la Comedia triunfaba el gran trágico italiano Ernesto Rossi, representando *Otelo* y *Kean*, y en el Real, el tenor Massini y la famosa Elena Teodorini, electrizaban a los aficionados a la ópera, mientras que nuestro inmortal Gayarre, alejado de la escena española, era el ídolo del público parisiense que le llamaba el *tenor-roi*.

España estaba entonces de moda en París, pues a más de Gayarre, la célebre Rosita Mauri, con sus piruetas, era la bailarina mimada de los poderosos, en la capital de Francia.

Por los días próximos a la Semana Santa, ya los cocheros —notad como la historia se repite— se declaraban en huelga, y elegían para hacerlo un día de lluvia. ¿Eran justas sus reivindicaciones? ¿Lo son ahora? ¡Quién lo sabe! Ellos ganaban doce reales de jornal y pedían que se les abonase el importe de los asientos de bigotera, pero esto parecía atentatorio a la propiedad. En aquellos tiempos se hilaba más delgado.

Llegó el 10 de Abril de 1884, Jueves Santo, y aunque los templos de nuestra Villa y Corte no se distinguen por su magnificencia, tienen en cambio un atractivo no exento de interés artístico, que hace grata su visita, hasta a los profanos. En la Iglesia de San Jerónimo, recién restaurada, se inauguraba un magnífico Monumento, y en otras muchas, la riqueza del decorado, los tapices y terciopelos antiguos y la espléndida iluminación, contribuían a la magnificencia del Culto.

Pero sin duda las ceremonias más brillantes, eran las palatinas, y entre todas, la que el público esperaba con verdadera ansia, era la Visita a los Sagrarios.

Desde muchos días antes del Jueves —uno de los tres en que según la copla popular *brilla siempre el sol*— las gentes consultaban el Almanaque, miraban ansiosas al cielo temerosas de que alguna ligera nubecilla empañara el purísimo azul del *beau ciel d'Espagne*, que dicen los franceses, y cada cual repasaba la lista de sus amistades, para ver quiénes podrían ofrecerle un balcón o ventana, siquiera fuese de una bohardilla, para presenciar cómodamente el paso de la comitiva.

Y las jóvenes preparaban para este día sus mejores galas y, sobre todo, las mantillas. He aquí cómo un eximio cronista de «Los lunes de *El Imparcial*», hablaba de la clásica prenda:

«Después —decía— saldrán del hondo cofre la mantilla de casco y la de gasa. Una va por la acera de la izquierda y por la de la derecha la otra. ¿Cuál es más graciosa?»

«Pliégase la mantilla de gasa sobre el pelo y cae en onda negra sobre el busto. Es una obra común de las arañas y el humo. Este puso la materia, aquélla la manufactura».

«La mantilla de casco, encierra el de la mujer en un estuche rojo o azul. Parece una perla dentro del cáliz de una petunia».

Este día 10 de Abril que había de ser el último en que el buen pueblo madrileño pudiera contemplar de cerca y a su sabor las galas de la Corte, amaneció espléndido, primaveral. La gente se echó a la calle desde muy temprano, inundando la Carrera de San Jerónimo —que era en ese día el paseo de moda— y acercándose al regio Alcázar, para ver descender de las carrozas de gala a los Grandes de España y a las Damas de la Reina, que acudían a la Capilla pública y a la conmovedora ceremonia del Lavatorio.

¡Qué hermosa viene hoy la Guaqui! ¡Qué arrogante la Medinaceli! ¡Qué española la Valmediano!

Así se explicaba la gente del pueblo, suprimiendo los títulos, al pronunciar aquellos nombres ilustres, con acento de verdadero cariño.

Y así era en efecto, porque en esta Visita a los Sagrarios dijérase que las damas habían querido rivalizar en belleza y elegancia.

La Duquesa de San Carlos

A las tres en punto de la tarde, salían por la puerta principal de la plaza de la Armería, pasando por el viejo edificio, ya derruido, los numerosos palatinos que precedían a las Reales personas; las tropas formaban en la carrera, y el pavimento, mucho peor empedrado entonces, estaba cubierto con una capa de arena.

Es curioso el personal que figuraba en la comitiva; he aquí la lista:

Piquete de la Guardia civil.
Timbalero, palafranero y clarineros a caballo.
20 con trajes a la Daumont.
2 con napoleonas de paño.
2 con napoleonas de terciopelo.
6 con chaquetas encarnadas.
6 con chaquetas azules.
12 con libreas de media gala.
12 palafraneros carreristas con libreas a la Federica.
4 correos.
22 porteros, celadores y otros dependientes.
2 mariscales.
1 conserje aposentador.
1 picador mayor.
6 reyes de armas.
Celadores y ujieres de palacio.
Caballerizos, mayordomos de semana.
Gentiles-hombres de Casa y boca.
Monteros de Espinosa.
Gentiles-hombres de Cámara y del interior.
Grandes de España cubiertos.
SS. MM. y AA., entre dos filas de alabarderos.
Patriarca de las Indias.
Ministros de la Corona.
Jefes superiores de Palacio.
Damas de S. M.
Ayudantes del Rey.

© Biblioteca Nacional de España

1 Jefe de guadarnés y 30 lacayos con libreas a la Federica, para conducir las históricas sillas de mano.

El Real Cuerpo de Alabarderos y el Escuadrón de la Escolta Real.

En tal orden salieron todas estas personas para recorrer

La Condesa de Villapaterna

los templos más próximos a Palacio. ¡Quién había de decirles que aquella había de ser la última visita que el Rey Don Alfonso XII —que con su uniforme de Capitán general, sobre el que brillaban las insignias del Toisón de Oro y de la Orden de Carlos III, iba recibiendo los cariñosos saludos del público— había de sucumbir al año siguiente en la trágica noche del Pardo!

Mas entonces nadie temblaba; bajo aquel sol de primavera, bajo aquel cielo de turquesa que parecía un espléndido palio de la hermosura, iban lentos, solemnes y tranquilos, los palatinos altos y bajos, los Ministros, presididos por el insigne Cánovas del Castillo, y los Reyes y los Infantes y los Prelados y los Generales.

Y el pueblo no se cansaba de admirar el fausto palaciego.

La Reina Doña María Cristina desplegaba en su atavío la suprema elegancia que ha sido siempre nota característica de su persona; vestía traje de raso con bordados y encajes de oro, cuerpo blanco con botones de zafiros orlados de brillantes, diadema, collar y pulseras de brillantes, y llevaba las insignias de la Orden de María Luisa y de la Cruz Estrellada de Austria.

Detrás iban las Infantas: Doña Isabel, vestida de raso azul con bordados de flores, cuerpo y manto de terciopelo del mismo color y aderezo y collar de brillantes y perlas; Doña Paz, de raso blanco, con cuerpo y manto de terciopelo granate y aderezo de rubíes, y Doña Eulalia, de color celeste —que armonizaba con su ideal belleza— manto igual, bordado de perlas y guarnecido de encajes y un ramo de claveles amarillos entre la blonda blanca de la mantilla.

El Príncipe Luis Fernando de Baviera, esposo de Doña Paz, vestía el uniforme bávaro de Teniente de Coraceros y ostentaba la Cruz de San Huberto, el Collar de Carlos III y la Venera de Santiago.

Entre la alta servidumbre estaban: la entonces Camarera Mayor de Palacio, Duquesa de Medina de las Torres, el Jefe Superior, que lo era el simpático Marqués de Alcañices, Duque de Sesto, y las damas de las Infantas, la Condesa de Superunda, la Marquesa de Nájera y la Baronesa de Reichlin.

Y luego, ¡qué cortejo tan maravilloso formaban aquellas damas que se llamaban: la Duquesa de Fernán-Núñez, luciendo entre sus soberbias joyas el magnífico *Rat-Penat* en brillantes, de la casa de Cervellón, y la Duquesa Angela de Medinaceli, vestida de blanco —su color favorito— sobre el que fulguraban las hermosas perlas del célebre collar de María Antonieta, y aquella ideal Condesa de Guaqui, más tarde Duquesa Carmen de Villahermosa —la musa de los poetas - y la Marquesa de Valmediano, que no sé si ostentaba ya el título de Duquesa del Infantado, de quien dijo un escritor notable que, al paso de su hermosura, parecía oirse rumor de guitarra y castañuelas y daba ganas de gritar: ¡Viva España!

Y luego aquella Princesa de Salm-Salm, que fué Duquesa de Osuna y dió brillantes fiestas en el Palacio de las Vistillas, y aquella Marquesa de Javalquinto, también Duquesa de Osuna, de arrogante presencia, y la Duquesa Isabel de Ahumada —otra belleza—, y las dos hermanas, la Condesa de Torrejón, que fué dama a los diez y nueve años, y la Marquesa de Guadalest, hijas ambas del General Concha, y la Duquesa de Bailén, en cuyo palacio de la calle de Alcalá habíanse celebrado fiestas soberbias, y la Duquesa de San Carlos, y la Marquesa de Miraflores, viuda del ilustre político, y la de Monistrol que años después, llamándose Condesa de Sástago, había de ser Camarera Mayor de Palacio, y las Condesas de Villapaterna y de Toreno.

Tal fué la comitiva que en el año de 1884 asistió a la última visita de la Corte a los Sagrarios, una de las ceremonias más bellas, más religiosas y más interesantes de la Semana Santa madrileña.

Después vinieron días tristes, cuyo relato es asunto ajeno a estas crónicas; la Reina Doña Cristina suprimió definitivamente la ceremonia al encargarse de la Regencia. Algunas censuras ¿por qué no decirlo? hubo de valerle tal determinación, mas el tiempo, en esto como en todo, se ha encargado de hacerle justicia, demostrando lo acertado de su acuerdo y la clarividencia con que previó las mudanzas de los tiempos,

La Marquesa de Miraflores

que hacían imposible, en éstos tan tumultuosos que vivimos, el espectáculo de los esplendores de la Corte, que contemplaba con admiración y simpatía el buen pueblo madrileño en el año de gracia de 1884.

MONTE-CRISTO

© Biblioteca Nacional de España

LABORES FEMENINAS

BORDADO ESPAÑOL

La influencia del gusto antiguo sobre el moderno progresa cada día más; en el moibliario por ejemplo, el gusto serio, elegante y casi conventual, del estilo antiguo español es el que domina. En las labores también deja sentir esta influencia, que ha hecho renacer uno de los trabajos de aguja más bonitos y más genuinamente españoles que existen: el llamado bordado español.

Hace ya muchos años que en el extranjero se aprecia y cotiza a altos precios este género de bordado; en las más famosas exposiciones de labores de América ha figurado como uno de los más notables, y Toledo y Extremadura, cuna de este trabajo, han visto desfilar a centenares los comerciantes extranjeros, comisionados para adquirir colchas, tapetes y cortinas, que luego revendían en sus países a altos precios.

Oropesa, que era el centro de este comercio, ha presenciado durante mucho tiempo el ir y venir de aldeanas castellanas y extremeñas, que allí acudían a vender sus labores del mes o de la semana, el fruto de su trabajo d.ario, mientras sus maridos labran el campo, y el óbolo con que ellas contribuyen al sostenimiento de su hogar.

Estalló la guerra paralizando este comercio de exportación, y las mujercitas toledanas siempre valientes, pensaron en vender en su país lo que antes venían a buscarles los extranjeros. ¿Quién no las ha visto con sus típicos trajes y su lío al brazo recorrer las calles de Madrid ofreciendo sus mercancías de casa en casa?

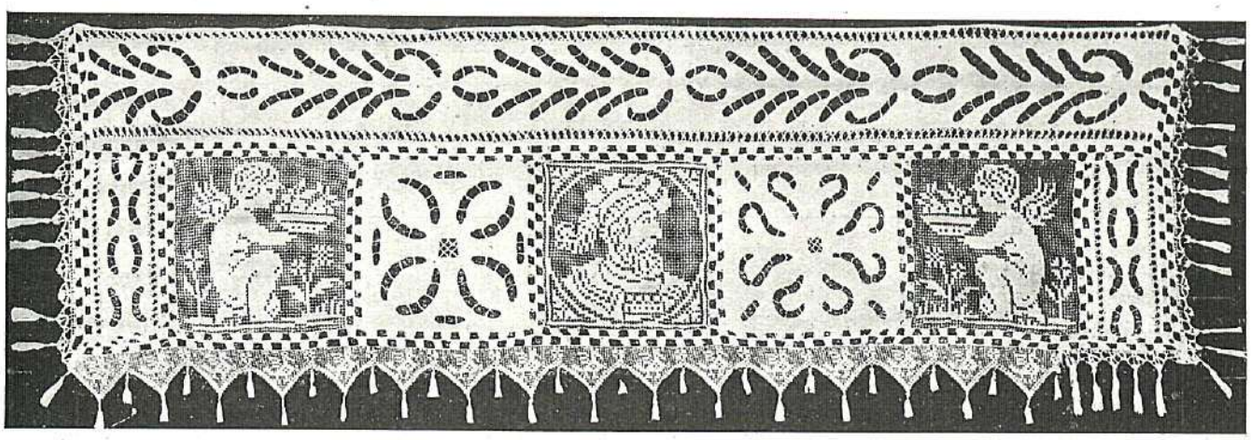
Y el éxito coronó sus esfuerzos; el bordado español es hoy día el que impera, y su sencillo calado y dibujo sereno, armonizan maravillosamente con los sillones frailerос, las mesas macizas y toscamente labradas y los antiguos braseros que adornan ahora nuestros salones.

EJECUCION

El bordado español se hace en una tela de hilo un poco gorda y algo morena; se colocan, alternados, unos cuadros de calados que imitan perfectamente la malla, y trozos de bordado abierto, en forma de tiras cuadradas o triángulos.

La ejecución es fácil en sí, pero muy larga: obra más bien de paciencia y primor que de dificultad, pues consiste en sacar dos sí y dos no los hilos de los cuadros, en sus dos sentidos, es decir, cruzados, pasarles luego un

© Biblioteca Nacional de España



hilo a cada hilera metiendo una vez la aguja en cada hueco, de manera que queden más fuertes y más claros los cuadros, y luego se borda en el centro una figura, lo mismo que en la malla, a punto del zurcido.

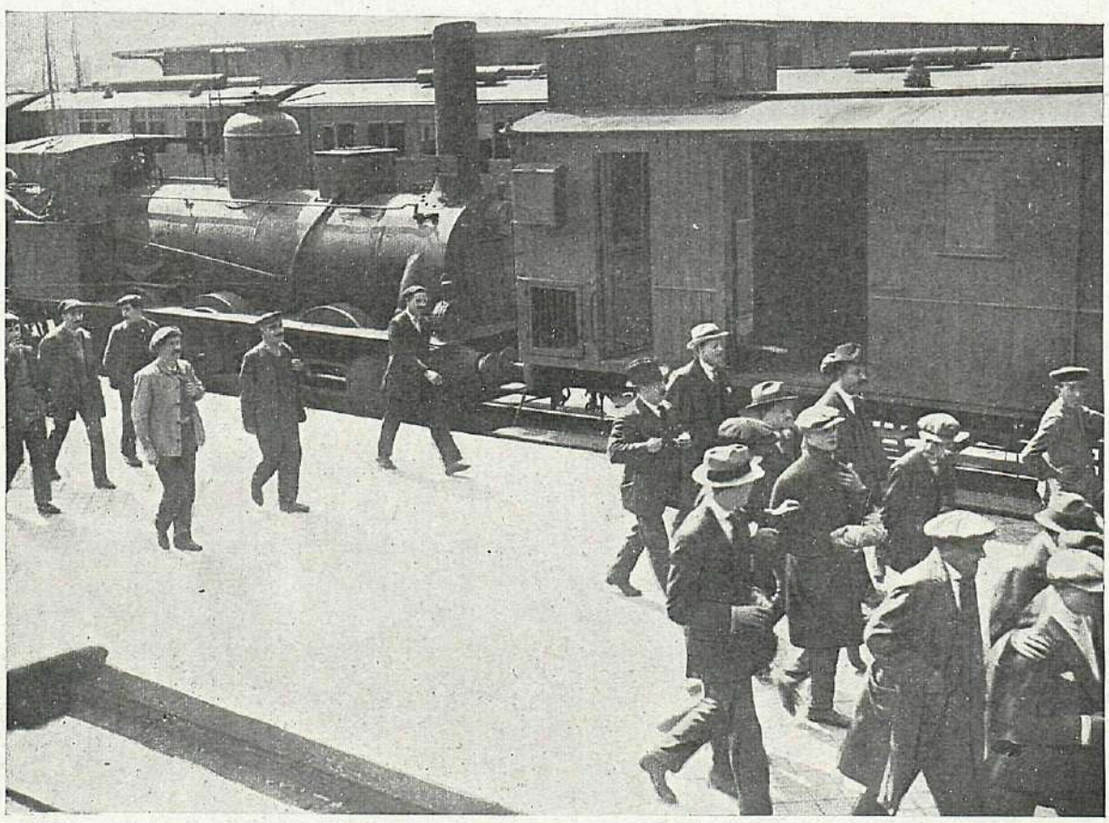
Para el bordado, se dibujan en la tela unas especies de gusanillos, muy sencillos; como el modelo por ejemplo, se les hace de lado a lado unas pasadas a punto de festón, y al aire lo mismo que en el bordado Richelieu, y luego se corta la tela por el medio con cuidado de no cortar las patitas del festón y se cose por el revés a punto de dobladillo estrechito, teniendo cuidado de no fruncir la tela. Todos los remates de la labor deben ir también terminados a punto de dobladillo, y si es posible, formando picos, poniendo en cada una de las puntas unas borlitas de hilo blanco.

Para que la labor sea menos larga, se hace también poniendo aplicaciones de malla, en lugar de los calados hechos en la misma tela; resulta igualmente bonito pero de mucho menos mérito.

Como ejemplo de labores de este género ofrecemos a nuestros lectores la fotografía de una colcha, un velillo de sofá y un tapetito.

© Biblioteca Nacional de España

ACTA DE LA QUINCENA



Huelga de ferroviarios.—Grupo de obreros y empleados abandonando el trabajo (Fots. Vidal)

La huelga de ferrocarriles, aunque anunciada ha tiempo, ha producido gran sensación. En ella han estado juntos todos los empleados y obreros por la fusión de las dos sociedades de defensa y de resistencia que existían. Y como se supone que las empresas ferroviarias no veían con malos ojos el movimiento, ha ocurrido lo que era natural: que al mismo tiempo, a las doce del día 23 de Marzo, se suspendió la circulación de trenes en toda España, sin más diferencia que parte de las líneas de los Ferrocarriles Andaluces. Los debates que este asunto ha motivado en el Congreso han respondido con una nota de violencia, por todo extremo deplorable. No hemos de entrar en el detalle de lo acontecido ni analizar la esencia de las protestas formuladas. Es harto arduo el problema. Se ha visto en los discutidores parlamentarios un fenómeno que se repite demasiadamente: el odio a las grandes empresas, la antipatía al capital. Y eso, que es deplorable hasta en los meetings donde la oratoria irresponsable se despacha a su gusto, resulta de todo punto inadmisible en la casa en que se elaboran las leyes. Verdaderamente esa casa ha degenerado de tal manera que solo resulta eficaz para el disturbio.

La cuestión ferroviaria española es difícil: los ingresos son escasos. Solo en algún fragmento de las líneas, hay productos suficientes. En la totalidad de ellas, falta movimiento de mercancías, base única de las rentas de ese negocio. Ni cabe en estas ligeras notas, un juicio, ni sería tolerable una ligera resolución. Porque, es indudable, que empleados y obreros de ferrocarriles necesitan sueldos mayores que los que tienen. Y cuando los gocen, habrá llegado la hora de corregir las deficiencias del servicio.

* * *

En una votación nutridísima, que asegura la autoridad del Gobierno, presidido por el Sr. Allendesalazar, ha sido determinada en el Congreso la aplicación de la «guillotina», o sea un modo reglamentario que permite el rápido despacho de los asuntos de urgencia. Se empleará ese procedimiento para aprobar inmediatamente el Presupuesto, fuera del articulado, que quedará sujeto al sistema habitual. Cuando tantas razones de interés patrio exigían discusiones breves, respecto a la Ley económica, las extremas izquierdas, con una deplorable ayuda de elementos democráticos y liberales, han perdido meses y meses en este trabajo, ejerciendo una no disimulada obstrucción.

Citamos el caso, porque es señal de que la opinión pública siente cada día mayor enojo contra esos *seudo-parlamentarios*, que no son, en resumidas cuentas, sino enemigos y dañadores de España.

* * *

Ha sido tema preferente de las conversaciones en los pasados días la contrarrevolución alemana. Trátase de una lucha que allí existe entre el principio destructor y el ansia de paz y el orden. El gran pueblo germánico, vencido, entregado a las codicias extranjeras, intenta defenderse, quiere vivir. Aspira a continuar su gloriosa historia de idealidad, de ciencias y de industrias.

No será esta la última vez en que sobrevengan allí conflictos y choques. Por mucho que sea el predominio actual de socialistas y sindicalistas, latirá perpétuamente en el fondo de aquella sociedad el antiguo brío, y acabará por imponerse.

© Biblioteca Nacional de España

El instinto de conservación, solo desaparece en las muchedumbres viles y encanalladas.

* * *

La prensa anuncia que la Academia de Suecia ha concedido el premio Nobel, para la literatura, al insigne dramaturgo Don Jacinto Benavente. Muchas obras de este ingenio famoso, han sido traducidas al alemán, al sueco, al italiano y a otros idiomas. El nombre de Benavente ha pasado las fronteras, y es motivo de gloria para los españoles.

En pleno período de creación, cuando la maestría ha llegado con los años, si eso fuera posible, a quien nació maestro, Benavente dará de sí en lo futuro nuevas formas al teatro nacional, correspondiendo de este modo a la producción maravillosa que le enaltece y nos honra.

* * *

Bilbao ha celebrado solemnemente el centenario de su poeta popular, Don Antonio de Trueba. No hemos de relatar lo que ya ha narrado la prensa. Pero importa que conste, que aquel gran pueblo, señor de las grandes industrias, reformista de los procedimientos mercantiles, dedica atención preferente al culto de las ideas. Todos los cronistas han coincidido en señalar el hecho de que, en la conducción de los restos mortales de Trueba, desde el cementerio de Mallona a la bella Iglesia de San Vicente Mártir, de Abanto, y en las fiestas literarias del teatro Arriaga, se han juntado el pueblo y las altas clases, en la unanimidad de un amor tiernísimo para el humilde vate, que vivió siempre en la virtud y en la abnegación. Y este acontecimiento y la manera como se ha desarrollado, enaltece a Bilbao y le otorga magníficos honores.

En la misa de funeral que se cantó en la citada Iglesia de San Vicente Mártir, de Abanto, el día 10 de Marzo, pronunció la oración sagrada el Obispo de Vitoria, Doctor Eijo. Constituyó este discurso una de las más perfectas piezas oratorias que se han dicho de España desde hace largo tiempo. Analizó el Obispo de Vitoria la vida y la obra de Antón el de los Cantares, como prodigioso y perspicaz crítico, deduciendo elevadas enseñanzas de orden moral y religioso. La emoción de los oyentes, sólo contenida por el respeto que se debe al templo, no estalló en aplauso, pero sí en murmullo entusiástico. Y al día siguiente, en la velada literaria que se celebró en el Teatro Arriga, y en cuya presidencia tomaba parte el ilustre Prelado, recibió éste una ovación delirante, justo premio a su acierto.

Madrid tendrá pronto ocasión memorable de oir al Doctor Eijo. La Real Academia Española le ha encargado de pronunciar la oración fúnebre, en la misa de *Requiem* que por Cervantes y por los ingenios cultivadores de nuestras letras, se celebrará en la Iglesia de las Trinitarias el día 23 del próximo Abril.

* * *

La primavera ha comenzado. Días de sol, temperatura deleitosa, el viento en calma... En medio de las perturbaciones que nos rodean, resurge la esperanza del grato vivir... La Naturaleza no abdica jamás.

* * *

Nota interesante de la última quincena. S. A. la Infanta Doña Beatriz, que fué a Burdeos con su Augusto padre, el Rey Don Alfonso, quedó en aquella ciudad durante algunos días. Fué un acontecimiento para el pueblo bordelés, el ver a la damita castellana, a todas horas, en las calles y en los paseos, acompañada de su dama de servicio. La hija de Reyes dió singulares muestras de discreción y de caridad. Cuando Doña Beatriz regresó a España, Burdeos sintió la pena de ver que había desaparecido de sus jardines la flor más bella y perfumada.

J. ORTEGA MUNILLA

La señora Condesa de San Rafael, fundadora de la obra benéfica «El Bazar del Obrero», y fallecida recientemente

S. M. la Reina Doña Victoria, colocando la primera piedra del edificio destinado a Orfelinato de los PP. Salesianos

© Biblioteca Nacional de España

La Electro-Mecánica Ibérica

Ascensores OTIS PIFRE
Calefacción - Maquinaria

Ronda de Atocha, 32-34 - MADRID

Florencia

y *Pilar*, *Hermanas*

MODISTAS

ACUDEN A TOMAR
ENCARGOS A DOMICILIO

Zorrilla, núm 31

Es el mejor sustitutivo del café

Malta ROYALIX

Bebida higiénica, refrescante y alimenticia

De venta en todos los establecimientos

Manuel García

— FABRICANTE —

Calabria, 67 BARCELONA Tel. 3105 A

REJERIA Y APARATOS DE LUZ

HIERROS DE ARTE
JULIO PASCUAL
TOLEDO

FORJA Y CINCELADO

ALIMENTOS VEGETARIANOS Y DE REGIMEN PARA SANOS Y ENFERMOS

CENTRO NATURISTA
"VIGOR"
FABRICA Y ALMACENES
Calle Massini, 90 (S)
DESPACHO
Trafalgar, 5 Telef. 799 S.P. BARCELONA

DEL ESTOMAGO VIENTRE DIA BETICOS OBESOS ANEMICOS TUBERCULOSOS NEURASTENICOS ALBUMINURICOS, etc.

Quesos - Mantecas - Comestibles finos

Rivas García

Peligros, 10-12 MADRID Teléfono 678

J. M. Maumejean, Hnos

Vidrieras artísticas

Mosaicos venecianos

Fábricas: MADRID y SAN SEBASTIAN

Paseo de la Castellana, núm. 64 -:- MADRID

© Biblioteca Nacional de España

VOLVNTAD

REVISTA QUINCENAL

COLABORADORES LITERARIOS

Inés Aguirre.
S. y J. Alvarez Quintero.
Miguel Asín Palacios.
Severino Aznar.
Luis Astrana Marín.
Antonio Ballesteros.
Jacinto Benavente.
Aureliano de Beruete.
Rufino Blanco.
Adolfo Bonilla.
José Calvo Sotelo.
Sofía Casanova.
Condesa de Castellá.
Víctor Catalá.
Carmen Cuesta.
De tierra de Castilla.
Conde de Cedillo.
Doctor Decref.
María Cruz de Ebro.
María de Echarri.
P. Constancio Eguía, S. J.
Concha Espina.
Vizconde de Eza.
W. Fernández Florez.
Agustín G. de Amezúa.
Enrique G. de Amezúa.
P. Carlos Gálvez, S. J.
Julia García Herrero.
M. Gaibrois de Ballesteros.
E. Gómez de Baquero.
Angel Herrera.
Gabriel María de Ibarra.
E. Ibarra y Rodríguez.
P. Bruno Ibeas, Agustino.
Francisco Iñíguez.
Eduardo Jusué.
Carmen Karr.
Vicente Lampérez.
Ricardo León.
Manuel Linares Rivas.
Alvaro López Núñez.
Enrique López Alarcón.
Mauricio López Roberts.
Marqués de Lozoya.
F. Llanos y Torriglia.
Eduardo Marquina.
P. Zacarías Martínez, Obispo de Huesca.
Gregorio Martínez Sierra.
P. Graciano Martínez, Agustino.
General Marvá.
Gabrial Maura Gamazo.
José Ramón Mélida.
Enrique Menéndez Pelayo.
P. Albino Menéndez Reigada, Dominico.
Enrique de Mesa.
Gabriel Miró.
Rafael Mitjana.
Dolores Monedero.
Antonio Monedero.
Montecristo.
Dolores Moya de Marañón.
Juan F. Muñoz Pabón.
Salomé Núñez y Topete.
José Ortega Munilla.
Angel Ossorio y Gallardo.
R. P. Nemesio Otaño.
Armando Palacio Valdés.
Condesa de Pardo Bazán.
María de Perales.
Juan Pujol.
Santiago Ramón y Cajal.
Julián Ribera.
Blanca de los Ríos.
José Rodríguez Carracido.
Francisco Rodríguez Marín.
José Rogerio Sánchez.
Prudencio Rovira.
P. Ruiz Amado, S. J.
Soledad Ruiz de Pombo.
María Rodrigo.
José María Salaverría.
Manuel de Sandoval.
Miguel Santos Oliver.
José Sanz y Aldaz.
Tomás Silvela.
Elías Tormo.
P. Alfonso Torres, S. J.
L. Torres Quevedo.
Ramón del Valle Inclán.
Juan Vázquez de Mella.
Juan Zaragüeta.

COLABORADORES ARTÍSTICOS

Fernando Alvarez Sotomayor.
Miguel Benedito.
Mariano Benlliure.
Luis Bertodano.
Miguel Blay.
L. Coullaut Valera.
Francisco Domingo.
Eugenio Hermoso.
Mateo Inurria.
Fernando Labrada.
José López Mezquita.
Aniceto Marinas.
José Moreno Carbonero.
Pedro Muguruza.
Antonio Palacios.
J. Pinazo Martínez.
J. Romero de Torres.
M. Santa María.
Enrique Simonet.
Joaquín Sorolla.

TODOS LOS ORIGINALES
literarios y artísticos que publica Volvntad son inéditos. Sólo admite los solicitados por la Dirección.

TARIFA DE SUSCRIPCIÓN

MADRID		PROVINCIAS	
Año	Ptas. 45	Año	Ptas. 48
Semestre	23	Semestre	25
Trimestre	12	Trimestre	13

NUMERO SUELTO, EN ESPAÑA, DOS PESETAS

REDACCION Y ADMINISTRACION: COLUMELA, 8, MADRID

© Biblioteca Nacional de España

LIT. MATEU. MADRID.

© Biblioteca Nacional de España